

ISSN: 1659-2220

AÑO 18 • 2023

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA COSTARRICENSE
DE LA LENGUA

NÚMERO ESPECIAL
SOBRE EL CENTENARIO DE LA CORPORACIÓN
(1923-2023)

TERCERA ÉPOCA



SAN JOSÉ, COSTA RICA

COMISIÓN EDITORIAL

AMALIA CHAVERRI FONSECA

CARLA JARA MURILLO

CARLOS FRANCISCO MONGE

MARIO PORTILLA

FLORA OVARES RAMÍREZ

Nómina
de la Academia Costarricense de la Lengua

Miembros numerarios

- D. Arnoldo Mora Rodríguez
- D. Rafael Ángel Herra Rodríguez
- D. Miguel Ángel Quesada Pacheco
- D.^a Emilia Macaya Trejos
- D. Carlos Francisco Monge Meza (prosecretario)
- D.^a Amalia Chaverri Fonseca (vicepresidenta)
- D.^a Julieta Dobles Yzaguirre
- D. Jorge Francisco Sáenz Carbonell
- D.^a Flora Ovares Ramírez
- D.^a Marilyn Echeverría de Sauter
- D. Mario Portilla Chaves
- D. Víctor Manuel Sánchez Corrales (presidente)
- D.^a Mía Gallegos Domínguez
- D.^a Carla Victoria Jara Murillo
- D. Albino Chacón Gutiérrez (tesorero)
- D. Carlos Rubio Torres (secretario)
- D. Carlos Cortés Zúñiga
- D. Alexander Sánchez Mora
- D. Carlos Sánchez Avendaño

Miembros honorarios

- D. Abel Pacheco de la Espriella
- D. Víctor Hurtado Oviedo
- D. José Ricardo Chaves Pacheco
- D. Leonardo Padura Fuentes

Miembro correspondiente

- D. Sergio Ramírez Mercado (Academia Nicaragüense de la Lengua)

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA COSTARRICENSE
DE LA LENGUA

Presentación 9

Sesión del centenario

Crónica de un centenario 13–17

Acta fundacional de la Academia Costarricense de la Lengua . . 19–21

Víctor Manuel Sánchez Corrales

Conferencia de apertura de la sesión extraordinaria de la Academia Costarricense de la Lengua, conmemorativa de su centenario. 23–31

Francisco Javier Pérez

En el centenario de la Academia Costarricense de la Lengua. . . 33–43

Emilia Macaya Trejos

Discurso de clausura 45–46

Artículos y otras páginas especiales

Carlos Francisco Monge

La Academia y la crítica. 49–61

Varios

La poesía en la mesa académica 63–86

Jorge Sáenz Carbonell

Un escritor olvidado: vida y obra de Luis Barrantes Molina . . 87–120

Sección gráfica 121

PRESENTACIÓN

Esta entrega especial del *Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua* recoge los documentos principales escritos con motivo de la conmemoración del centenario de la corporación, fundada en 1923. Aunque ya sus editores contaban con escritos que formarían parte del número, para la edición y preparación final y su entrada en prensa se tuvo que esperar a contar con las versiones definitivas de los diversos discursos leídos por sus autores en la sesión extraordinaria del martes 12 de octubre de 2023, fecha de la conmemoración.

Ya centenaria, la Academia Costarricense de la Lengua sigue empeñada en cumplir con su misión institucional, fijada en sus estatutos, de promover y proteger el patrimonio lingüístico y literario de Costa Rica, mediante diversas actividades y gestiones, si bien sujeta a sus posibilidades materiales y financieras, siempre limitadas por razones de variada índole. El lema COSTA RICA PLURILINGÜE Y MULTICULTURAL: UN SIGLO DE ACADEMIA que guió todos los actos protocolarios en la fecha del centenario, quiere mostrar el *ethos* que en la actualidad adopta la corporación; por él se procuran que se reconozca, entre la comunidad costarricense esa condición histórica, social y cultural del país, en una época en que las relaciones y comunicaciones internacionales se han incrementado y enriquecido, y con ello una visión más amplia y precisa de la realidad.

CARLOS FRANCISCO MONGE
Coordinador general de este número especial

Sesión del centenario

CRÓNICA DE UN CENTENARIO

El martes 12 de octubre de 2023, en el salón para sus actividades públicas de la sede de la Academia Costarricense de la Lengua, se conmemoró el centenario de la corporación. A las diez de la mañana de un propicio y soleado día se reunió el pleno, bajo la presidencia de D. Víctor Manuel Sánchez Corrales, con la asistencia de quienes integran la nómina actual. Fue una sesión extraordinaria en varios sentidos: distinta, porque no correspondió a las reuniones mensuales del primer miércoles del mes (tales las ordinarias); especial, por el motivo de la convocatoria; abierta, porque concurrió el público invitado e interesado en la efeméride, sumado a representantes y delegados especiales. La agenda del día se distribuyó en dos etapas: por la mañana, una sesión solemne que no se apartó de su índole esencialmente académica; por la tarde, la presentación de sendas ediciones de tres libros de importancia cardinal en la historia de la Academia.

Hacía una centuria, y a pocas calles de la actual sede de la corporación, catorce ilustres ciudadanos costarricenses habían firmado el acta de la primera sesión; eran las cuatro de la tarde del 12 de octubre de 1923, fecha y hora del nacimiento de la Academia Costarricense de la Lengua. En el primer libro de actas, custodiado en los archivos de la institución, estamparon sus firmas D. Julio Acosta García, D. José María Alfaro Cooper, D. Alejandro Alvarado Quirós, D. Fabio Baudrit González, D. Alberto Brenes Córdoba, D. Justo A. Facio, D. Ricardo Fernández Guardia, D. Carlos Gagini Salazar, D. Joaquín García Monge D. Claudio González Rucavado, D. Cleto González Víquez, D.

Gregorio Martín Carranza y D. Guillermo Vargas Calvo. Por ello, la actividad del centenario fue también un acto de homenaje a la memoria y los méritos de quienes a lo largo de los cien años comprometieron su talento, su voluntad y sus empeños por darle cabida, sentido y pertinencia a una asociación cultural, con tal de proteger e impulsar el patrimonio lingüístico y literario de Costa Rica. La asistencia a las actividades conmemorativas de 2023 fue completa: D.^a Amalia Chaverri Fonseca, D. Carlos Cortés Zúñiga, D.^a Julieta Dobles Yzaguirre, D.^a Marilyn Echeverría de Sauter, D.^a Mía Gallegos Domínguez, D. Rafael Ángel Herra, D.^a Carla Jara Murillo, D.^a Emilia Macaya Trejos, D. Carlos Francisco Monge, D. Arnoldo Mora Rodríguez, D.^a Flora Ovares Ramírez, D. Mario Portilla Chaves, D. Carlos Rubio Torres, D. Jorge Sáenz Carbonell, D. Carlos Sánchez Avendaño, D. Víctor Manuel Sánchez Corrales y D. Alexander Sánchez Mora. Por estar radicando fuera del país, no estuvieron presentes D. Albino Chacón Gutiérrez ni D. Miguel Ángel Quesada Pacheco. También asistió, en su condición de miembro honorario D. Víctor Hurtado Oviedo.

Se abrió la sesión de la mañana con el discurso de apertura del profesor Sánchez Corrales, en el que pormenorizó la amplia gama de actividades y logros que la Academia Costarricense de la Lengua ha alcanzado a lo largo de su centenaria historia. Además de la insoslayable referencia a sus próceres fundadores, se refirió a las diversas aproximaciones sobre sus objetos de estudio y razón de su actividad: los estudios lingüísticos y los literarios, visibles no solo en su estatuto sino también, y principalmente, en la evolución de la ciencia y de las condiciones históricas de la sociedad, principalmente en lo concerniente a la costarricense. Como secretario general de la Asociación de Academias de la Lengua Española, e invitado especial a la efeméride, D. Francisco Javier Pérez leyó su discurso en el que destacó varios de sus hitos: el que fue la primera academia creada en el siglo XX, con la que se reanudó el interés por propiciar condiciones para el estudio y conocimiento de las variantes particulares del español en Hispanoamérica; además, la labor

pionera de lexicógrafos como Carlos Gagini y ensayistas como Roberto Brenes Mesén, y el importante momento en que se integró, desde 1951, a la Asociación de Academias de la Lengua Española, entre otros tantos méritos y logros institucionales. Como delegado de la señora embajadora de España en Costa Rica, D.^a Eva María Martínez Sánchez, y en su propia condición de director del Centro Cultural de España, participó D. Ricardo Ramón Jarne, y como representante del gobierno de la República, y de la señora Ministra de Cultura y Juventud D.^a Nayuribe Guadamuz Rosales, la señora viceministra D.^a Vera Beatriz Vargas León.

Reanudada la sesión, en una segunda etapa, a partir de las dos de la tarde se presentaron tres significativas ediciones; dos de ellas auspiciadas por la corporación, con su sello Ediciones de la Academia Costarricense de la Lengua. Uno de los editores, D. Jorge Sáenz Carbonell, presentó y comentó *Páginas académicas*, un tomo que reúne escritos de todos los integrantes, desde 1923 hasta la actualidad: páginas sobre lingüística, sobre pedagogía de la lengua, crítica literaria, creación literaria y ensayos de diversa índole, incluidos los filosóficos y los históricos. Aparte del laborioso y pormenorizado proceso de recopilación, de las indispensables notas y comentarios de parte de los propios editores, el señor Sáenz Carbonell hizo hincapié en que el tomo reúne apenas una mínima parte de la ingente labor intelectual que en tan diversos campos del saber y la cultura han aportado los integrantes históricos, incluso algunas páginas previas a 1923, de académicos correspondientes reconocidos por la Real Academia Española antes de la fundación de la costarricense. La edición, sin fines lucrativos, reafirma el homenaje de parte de quienes integran actualmente la corporación a todas las personas con cuya obra y ejercicio profesional e intelectual la Academia Costarricense de la Lengua ha alcanzado su rango de institución de bien cultural en el país.

La feliz coincidencia entre el año de fundación de esta corporación y la publicación de la primera edición del ensayo *Las categorías literarias*, de Roberto Brenes Mesén, es lo que señaló como dato signifi-

cativo D. Carlos Francisco Monge, a quien le encargaron la preparación de una edición anotada para 2023. La Asociación de Academias de la Lengua Española acogió y editó en Madrid, para su colección «Clásicos ASALE», este valioso ensayo considerado por los expertos como la primera contribución en Hispanoamérica sobre los problemas de la teoría literaria. En su «Estudio preliminar» se analizan y explican en detalle las contribuciones al campo de parte de quien fuera, además de poeta, ilustre gramático y pedagogo Brenes Mesén. A modo de comentario de cierre, D. Francisco Javier Pérez, señaló que con esta edición y publicación presentada formalmente en la sesión, se ha querido dejar patente el reconocimiento a aquella obra pionera y al mismo tiempo el homenaje de parte de ASALE en ocasión tan propicia como el centenario que en esta sesión se celebra.

El tercer título que se presentó en la sesión estuvo a cargo de D. Víctor Manuel Sánchez, entusiasta impulsor del proyecto: una edición facsimilar del *Diccionario de barbarismos y provincialismos de Costa Rica*, de Carlos Gagini, publicado en 1892. La nueva edición íntegra, bajo su cuidado técnico, fue la primera incursión en el campo lexicográfico del notable lingüista que fue Gagini, como lo corroboró casi tres decenios después con el clásico *Diccionario de costarriqueñismos*, de 1919. El profesor Sánchez señaló la importancia, en el contexto del desarrollo de los estudios lingüísticos en el país, de aquel primer diccionario, por constituir una aproximación sistemática al español de Costa Rica, coincidente con algunos otros proyectos análogos que estaban ya en proceso en otros países hispanoamericanos. La Academia, sostuvo Sánchez, cumple con un deber histórico: rescatar obras cumbres, en este caso inaugurales, en la historia de los estudios lingüísticos, de los que posteriormente se fueron cargo otros expertos, desde el seno mismo de la Academia Costarricense de la Lengua.

El epílogo de la sesión conmemorativa, a modo de conferencia de clausura, se le encargó a la académica D.^a Emilia Macaya Trejos. En él retomó el lema que ha cundido en innumerables reuniones, coloquios,

mesas redondas y en las propias sesiones ordinarias de las academias: la unidad en la diversidad, que releyó como «un encuentro en igualdad de condiciones»; concluyó con una exhortación a honrar a nuestros antecesores, a laborar entre quienes estamos y a darles espacio a quienes habrán de venir. A las cuatro de la tarde, el señor presidente dio por concluida la sesión, entre aplausos, muestras de gratitud y ante la nutrida concurrencia como excepcional y honroso testigo.

LOS EDITORES

San José de Costa Rica, 12 de octubre de 2023

ACTA FUNDACIONAL
DE LA ACADEMIA COSTARRICENSE
DE LA LENGUA
(12 de octubre de 1923)

Sesión primera de la Academia Costarricense, celebrada en uno de los salones del Ministerio de Relaciones Exteriores, en San José, a las cuatro de la tarde del doce de octubre de mil novecientos veintitrés.

Asistieron los señores don Julio Acosta, don Cleto González Víquez, don Justo A. Facio, don Carlos Gagini, don Alberto Brenes Córdoba, don José María Alfaro Cooper, don Ricardo Fernández Guardia, don Claudio González Rucavado, don Gregorio Martín, don Guillermo Vargas Calvo, don Fabio Baudrit y don Alejandro Alvarado Quirós.

I

Se dio lectura a las dos actas preliminares y fueron aprobadas.

II

Se leyeron los Estatutos y el Reglamento adoptados por nuestra Academia y se procedió a firmarlos por todos los presentes, acordándose que se invite a los señores don Alberto Echandi y don Joaquín García Monge a suscribirlos para que conste la conformidad de todos los académicos fundadores y residentes en el país.

III

El señor Alvarado Quirós dijo que tenía la honra de proponer que en uso de la facultad establecida en el artículo 1° de los Estatutos para nombrar académicos honorarios, se confiera ese título al ilustre profesor español Dr. don Valeriano Fernández Ferraz, por largos años avecindado en este país, uno de los decanos de la Colonia española, en reconocimiento de sus méritos y servicios en la enseñanza y por ser su nombre un símbolo de unión entre España y Costa Rica. Fue aceptada y votada por aclamación.

IV

Se procedió a la elección del directorio por medio de papeletas y después de practicado el escrutinio resultaron nombrados:

Director, el licenciado don Cleto González Víquez.

Tesorero, don José Ma. Alfaro Cooper y

Secretario, el licenciado don Alejandro Alvarado Quirós.

V

El señor Brenes Córdoba dijo: «Hago moción para que sea nuestro primer acuerdo enviar a la Real Academia Española nuestro cordial saludo y la expresión de nuestro vivo reconocimiento por la honra conferida a Costa Rica al crear aquí la presente Academia». Se aprobó por aclamación.

A las 5 p. m. terminó la sesión.

(fdo.) CLETO GONZÁLEZ VÍQUEZ ALEJANDRO ALVARADO QUIRÓS

San José, a los doce días del mes de octubre de mil novecientos veintitrés.

(firman) Julio Acosta García, Cleto González Víquez, C(arlos) Gagini, Justo A. Facio, Alberto Brenes, J(osé) M(aría) Alfaro Cooper, R(icardo) Fernández Guardia, C(laudio) González Rucavado, Gregorio Martín, Guillermo Vargas, Fabio Baudrit, Alejandro Alvarado Quirós, J(oaquín) García Monge, Alberto Echandi.

CONFERENCIA DE APERTURA.
SESIÓN EXTRAORDINARIA DE LA
ACADEMIA COSTARRICENSE DE LA LENGUA,
CONMEMORATIVA DE SU CENTENARIO

VÍCTOR MANUEL SÁNCHEZ CORRALES
Presidente
Academia Costarricense de la Lengua

Señora D.^a Vera Beatriz Vargas León, viceministra de Cultura;
señor D. Ricardo Ramón Jarne, director del Centro Cultural de España,
ña, por sí y en representación de D.^a Eva Martínez Sánchez, emba-
jadora de España en Costa Rica;
señor D. Francisco Javier Pérez Hernández, secretario general de la Aso-
ciación de Academias de la Lengua Española;
señor D. Carlos Rubio Torres, secretario de la Academia Costarricense
de la Lengua;
señora D.^a Raquel Montenegro Muñoz, directora de la Academia Gua-
temalteca de la Lengua;
señor D. Manuel Araya Incera, presidente de la Academia Costarricen-
se de Geografía e Historia;
señor D. Mauricio Meléndez Obando, presidente de la Academia Cos-
tarricense de Ciencias Genealógicas;
señoras y señores miembros de la Academia Costarricense de la Lengua;
señoras y señores que nos acompañan en esta ocasión,
sean bienvenidos a la presente actividad, reciban un cordial saludo y un
agradecimiento profundo por haber acudido a nuestro llamado,

para honrar el acontecimiento histórico que hoy conmemoramos.

Las veinte voces de la actual Academia Costarricense de la Lengua, al unísono, con reverencia, gratitud y reconocimiento, inclinamos la frente ante aquellos próceres de las letras y cultura en general que el viernes 12 de octubre de 1923, a las cuatro de la tarde, se reunieron en un salón de la Casa Amarilla, para fundar una asociación que llamarán Academia Costarricense, Correspondiente de la Real Academia Española. En efecto, el acta número uno dice:

Sesión primera de la Academia Costarricense, celebrada en uno de los salones del Ministerio de Relaciones Exteriores, en San José, a las cuatro de la tarde del doce de octubre de mil novecientos veintitrés. Asistieron los Señores don Julio Acosta, don Cleto González Víquez, don Justo A. Facio, don Carlos Gagini, don Alberto Brenes Córdoba, don José María Alfaro Cooper, don Ricardo Fernández Guardia, don Claudio González Rucavado, don Gregorio Martín, don Guillermo Vargas Calvo, don Fabio Baudrit y don Alejandro Alvarado Quirós [...] A las 5 p.m. termina la sesión.

Y la firman D. Cleto González Víquez y D. Alejandro Alvarado Quirós.

De conformidad con los Estatutos de la Academia de Costa Rica y de su Reglamento, aprobados en el artículo II de aquella acta constituyente, se funda una asociación de carácter literario, cuyos fines fundamentales, en lo que a sus competencias respecto de la lengua y la literatura interesan, son: impulsar en el país el cultivo de la lengua y la literatura españolas, mediante la promoción del conocimiento de autores clásicos y de las obras filológicas relativas a nuestro idioma, además de despertar, por medio de publicaciones y actividades varias —conferencias, certámenes—, interés y gusto por los estudios encaminados a la depuración, fijeza y brillo de la lengua patria, teniendo en mira particularmente mantener la unidad con el habla de Castilla y, en su condición de academia correspondiente, un trabajo colaborativo con la Real

Academia Española, en todo lo que concierne a los fines de su instituto y a la formación de su diccionario, por lo que es trabajo de la Academia aportar información relativa a los provincialismos de Costa Rica y arcaísmos registrados en los archivos costarricenses.

Si bien fueron dieciocho los miembros fundadores, firmaron el acta los doce académicos que se hicieron presentes a esa sesión de octubre, más D. Joaquín García Monge y D. Alberto Echandi Montero, a quienes invitaron a sumarse. A la usanza de aquellos primeros años, en ese grupo original de la Academia era evidente el predominio de una androcracia intelectual, no obstante que en ese preciso año unas ilustres mujeres costarricenses también estaban fundando la Liga Feminista Costarricense. Por razones histórico-educativas, en su seno privaban los profesionales en derecho (en 1888 se había cerrado la Universidad de Santo Tomás), políticos y diplomáticos, quienes en su mayoría, tenían obra literaria escrita. Con formación en ciencias del lenguaje, muy a tono con la época, figuraba Carlos Gagini, autor entonces de una obra extraordinaria en lexicografía, en lingüística educativa, en lenguas indígenas, sumada a su condición de escritor de creación, en narrativa y teatro.

En cuanto a la teoría gramatical y al canon literario que sustentaban la labor de aquella nueva institución, en su estatuto se entendía la gramática como arte, en cuanto que su código había de proceder de la variedad literaria, culta, ejemplificada en los escritores clásicos españoles —Garcilaso, Calderón, Cervantes—, pues en sus páginas estaban los modelos del hablar y escribir correctamente.

Los cambios paradigmáticos en cuanto a esos cánones y a la constitución del recurso humano se van abriendo paso con el transcurrir de los años. La Academia, en efecto, ha sabido leer el signo de los tiempos y proceder de conformidad. Respecto de lo primero, todavía en el estatuto que la regía en 2013, en su artículo 1 se enuncia: «Con el nombre Academia Costarricense de la Lengua, se funda una corporación docta, de bien público, para promover y apreciar la lengua española, su depu-

ración, fijeza y unidad», a lo que su artículo II suma como fines estos: (a) impulsar el cultivo de la lengua nacional y de las literaturas hispánicas; (b) contribuir al desarrollo científico y tecnológico propiciando la forja del aparato lingüístico requerido para dicho fin; (c) estimular el conocimiento de las lenguas indígenas locales en relación con sus culturas y el habla del español costarricense; (d) fomentar la lectura y crítica de obras literarias, filológicas, lingüísticas y de cultura general; (e) despertar el *interés, aprecio y gusto* por la *depuración, fijeza y brillo de la lengua patria*; (f) contribuir al incremento del léxico necesario y a las modificaciones y enmiendas de los diccionarios por intercambio de consultas con las otras academias de la lengua y organismos afines del mundo hispanohablante; (g) estimular la publicación de obras fundamentales, críticas, expositivas o conexas con el desarrollo idiomático y su papel en el mundo de la cultura; y (h) evacuar las consultas que autoridades administrativas y judiciales del país, u otras instituciones o individuos interesados en materia idiomática someten a la Academia para que se pronuncie en lo de su competencia (*el destacado es mío*).

Una lectura atenta del artículo I, así como del inciso e., del artículo II, incluso el h., en tanto criterio de autoridad sobre la base de la promoción de una variedad determinada de lengua, permite visualizar como fundamentación un paradigma lingüístico que se nutre de la tradición gramatical clásica, la cual se gesta en los gramáticos alejandrinos, en especial en Dionisio de Tracia (170-90 a. C). El código gramatical toma como base la lengua literaria, escrita, cuyos ejemplos modelan una variedad de lengua que da acceso al mundo de la cultura.

Al celebrar hoy día su centenario, nuestra corporación ha reescrito su estatuto y propósitos, particularmente en cuanto a su identidad y competencias, de conformidad con el desarrollo de las ciencias del lenguaje: nuevos paradigmas lingüísticos y también otras aproximaciones heurísticas a la literatura. Así, en el artículo I del actual estatuto se enuncia: «Con el nombre Academia Costarricense de la Lengua, Correspondiente de la Real Academia Española, se designa una corporación

docta, de bien público, laica y aconfesional, para la promoción, estudio y aprecio de la lengua española y las producciones literarias, filológicas y lingüísticas escritas en este idioma, teniendo en cuenta la unidad desde la diversidad». En ese mismo orden de ideas, dice el artículo III: (a) impulsar el cultivo de la lengua española y de sus manifestaciones literarias. [...], (c) propiciar el conocimiento multilingüe y pluricultural de Costa Rica y sus aportes a la lengua española; (d) fomentar la lectura y el estudio de obras literarias [...], (e) estimular y promover el estudio y el uso de la norma culta en su diversidad [...]; (g) despertar el interés y reconocimiento del uso adecuado de la lengua española, de conformidad con el respectivo contexto.

Estas competencias, al momento de celebrar su centenario, se sustentan en un cambio paradigmático: la lengua como diastema, como una construcción social e histórica, el abandono del monocentrismo lingüístico, de una norma culta única, el reemplazo de la normatividad por la adecuación lingüística, con la correspondiente crisis de la depuración de la lengua, al ser esta viva, receptora y donante de elementos lingüísticos.

En cuanto a los estudios literarios, ha habido un tránsito hacia una pluralidad de acercamientos: desde enfoques impresionistas o estilísticos hasta una diversidad de lecturas de la obra literaria. En nuestro país, durante los últimos decenios, los estudios literarios han experimentado una gran diversificación en sus planteamientos teóricos y metodológicos. A diferencia de otras épocas —durante el periodo mismo cuando se fundó la Academia—, no existe en la actualidad un único paradigma que se proponga como dominante. Antes bien, en la práctica investigativa conviven, y hasta se complementan, acercamientos de carácter materialista, psicoanalítico y deconstruccionistas, junto a la perspectiva de género, la ecocrítica, incluso un revivir del análisis retórico clásico a partir del instrumental de la filología alemana decimonónica. En estudios publicados en el *boletín* de la Academia se manifiesta esa variedad de acercamientos.

Hablemos ahora de las personas. Aquella academia fue fundada por próceres costarricenses, una androcracia intelectual, como era lo usual —aunque no deseable, hay que decirlo hoy— en todas las instituciones hermanas que la antecedieron. Hubo predominio de abogados —de los doce miembros que firmaron el acta constituyente al cierre de la sesión, siete eran abogados, al igual que su presidente y secretario—, explicable porque los estudios de Derecho tenían en su p^éns^um asignaturas relacionadas con la lengua y la retórica, además de que, si bien no había universidad entonces, funcionaba una Escuela de Derecho. Ilustres costarricense de la diplomacia, la política, la abogacía (con el denominador común de autores de obra literaria) y personajes de las letras, asumieron la tarea de echar a andar la Academia. Gagini como filólogo, como lo hechos dicho, fue la excepción. El setenta y cinco por ciento de los miembros fundadores eran abogados y, respecto de los directores, de nueve académicos que han ejercido la dirección hasta hoy, cinco también lo han sido.

Con la fundación de la Universidad de Costa Rica en 1941 y la creación de la carrera en Filosofía y Letras, van a llevarse a cabo cambios cuantitativos y cualitativos. Por primera vez, un filólogo dirige la Academia: Arturo Agüero Chaves, durante dos decenios, entre 1981 y 2001; en 1986 la profesora Virginia Sandoval de Fonseca se convirtió en la primera mujer que ingresó a la Academia como miembro numerario. Tales cambios van a fructificar más con la creación de la Universidad Nacional de Costa Rica en 1973.

Después de esos momentos tan significativos, las mujeres, escritoras, filólogas y una lingüista se van a ir incorporando, lo cual viene a enriquecerla en su diversidad. Se integrarán Carmen Naranjo Coto (1989), Julieta Pinto González (1992), Estrella Cartín Bezzuti de Guier (1997), Emilia Macaya Trejos (2002), Amalia Chaverri Fonseca (2006), Julieta Dobles Yzaguirre (2006), Anacristina Rossi Lara (2007), Flora Ovares Ramírez (2008), Marilyn Echeverría Zürcher de Sauter (2009), Carla Jara Murillo (2015) y Mía Gallegos Domínguez (2015).

En cuanto a la dirección de la Academia, un setenta y cinco por ciento de los directores ha pertenecido a campos ajenos a la filología o a la lingüística. Entre 2010 y 2018, la profesora Cartín de Guier dirigió la Academia, la primera mujer en ejercer tales funciones. Este hecho tiene importancia para los requerimientos interinstitucionales, en virtud del trabajo especializado de las academias y sus aportes a los códigos de la lengua y a las obras de esa naturaleza: diccionarios, gramática, ortografía y sobre el buen uso del idioma, en el marco de una política lingüística panhispanica.

Un tema de singular importancia: el paso del monocentrismo al policentrismo lingüístico. Como se ha hecho notar en los estatutos fundacionales, una de las competencias de la Academia era promover la unidad de la lengua española de conformidad con una política lingüística monocéntrica: el habla de Castilla como referencia y criterio de corrección, y la emblemática leyenda de la Real Academia Española: limpia, fija y da esplendor como objetivo en el que la ACL había de colaborar. Al ser hoy en día el español una lengua de una gran magnitud en cuanto a su extensión geográfica —naciones hispanoamericanas, Estados Unidos de América, África y España, por ejemplo— o al número de hablantes que se acerca a los 600 millones, asentados en esos territorios con grandes centros urbanos —ciudad de México, Madrid, Buenos Aires, Bogotá, por ejemplo—, se constata la existencia de variedades de lengua bien definidas, copresentes en lo que entendemos por lengua española y correlacionadas con factores lingüísticos, geográficos, variables sociales o situaciones de uso.

Hay cierto consenso en que los hábitos lingüísticos de los grupos más influyentes, en general dotados de prestigio, «considerados más importantes y mejores», ascienden a la valoración social más alta y, con ello, esos usos lingüísticos adquieren prestigio y se constituye en norma, promovida por centros de educación, leyes, obras literarias, medios de comunicación como la radio, televisión, cine, internet, etc. Esos grupos más influyentes se concentran en núcleos urbanos, políticos, eco-

nómicos, culturales y sociales y se constituyen en focos irradiadores de producciones textuales, orales o escritas, que investigadas con la rigurosidad de los métodos actuales, dan como resultado los códigos escritos, en particular la norma culta. Así, al haber diferentes núcleos irradiadores, también hay diversidad en las normas cultas. El policentrismo lingüístico constituye un hecho reconocido por todas las instituciones que integran la ASALE. Gran error subsiste en corrillos cuando se habla de colonialismo lingüístico.

Desde el punto de vista institucional, en relación con la historia de nuestra hoy centenaria academia, un importante hito para la vida institucional de la Academia Costarricense de la Lengua y su trabajo de conformidad con sus competencias, fue la firma del *Convenio Multilateral sobre la Asociación de Academias de la Lengua Española*, conocido como el «Convenio de Bogotá», en julio de 1960, ratificado por el gobierno de Costa Rica mediante el decreto n.º 3191, del 13 de setiembre de 1963. Con aquella firma, el Estado costarricense se comprometió en estos términos: «De acuerdo con el inciso 10, artículo 140 de la Constitución Política de la República de Costa Rica, aceptarlo y ratificarlo, teniendo en adelante como ley de La Nación y comprometiendo para su observancia el Honor Nacional». El Convenio de Bogotá establecía que los estados signatarios debían apoyar moral y económicamente a la respectiva Academia, en el entendido de que debían proporcionarle una sede digna y un adecuado financiamiento anual para su funcionamiento.

Grande fue el periplo y muchas puertas de las autoridades gubernamentales costarricenses de turno hubo que tocar, para que en 2003, cuarenta años después de la firma, y mediante el decreto n.º 31303, se le asignara un espacio en el antiguo edificio del Banco Anglo, para cuya remodelación hubo que esperar ocho años más. En efecto, en la mañana del 23 de marzo de 2011 tuvo lugar la inauguración de la sede con una sesión solemne. En este lugar nos encontramos y aquí estaremos durante muchos años, porque afortunadamente es ley de la Repúbli-

ca desde 2017. En cuanto al segundo componente del convenio, desde 1990 el Estado le reconoció plena validez jurídica a la institución, y con ello el aporte de una modesta suma, con una desafortunada reducción anual, de tal modo que hoy en día apenas sobrepasa los nueve millones de colones por año. Como dice nuestra gente: hay que hacer de tripas corazón.

En la Academia Costarricense de la Lengua se ha trabajado con lealtad a sus competencias, con desprendimiento generoso, con vocación por excelencia y como un servicio y honra a la Patria, a la lengua española y a las literaturas escritas en ella, a la gran comunidad hispánica, al atesoramiento y creación de identidad esculpida en lo esencial del ser humano: la palabra. *Per aspera ad astra*; sí, esta andadura de siglo ha llevado a la Academia por trillos empinados, pero, con pasos vacilantes unas veces, más firmes otras, se construye hoy un valle en que han germinado aquellas simientes que, con tanto desprendimiento, vocación, amor y servicio, sembraron hoy hace cien años, entre otros, Julio Acosta García, Cleto González Víquez, Ricardo Fernández Guardia, Carlos Gagini Chavarría, Roberto Brenes Mesén, Joaquín García Monge, ejemplos de aquella pléyade de ilustres fundadores.

EN EL CENTENARIO DE LA ACADEMIA COSTARRICENSE DE LA LENGUA

FRANCISCO JAVIER PÉREZ
Secretario general

Asociación de Academias de la Lengua Española

Hace cien años exactos, el 12 de octubre de 1923, quedaba instalada la Academia Costarricense de la Lengua, por iniciativa de un grupo de escritores, estudiosos del idioma y hombres públicos, convencidos de la necesidad que se tenía en aquel entonces de contar con una corporación, radicada en la ciudad de San José, que velara por el idioma al promover sus mejores usos. Era esta la intención con la que las academias de aquel entonces entendían su función principal. El uso como pauta de evaluación y certidumbre de lo que debíamos buscar en la lengua española en su situación americana. Además de ello, cada una de las academias de la lengua en nuestro continente abría una ventana hacia la influencia de las lenguas aborígenes en su relación con el español y ello reportó unos beneficios tan grandes que duran hasta hoy. Lo español y lo indígena en clave lingüística hizo posible que se fuera consolidando un nuevo español que entendía su constitución criolla y que propugnaba la entidad de lo mestizo, lo híbrido y lo diferencial, tanto en clave general como en clave regional.

Al momento de fundarse la Academia Costarricense ya actuaban en nuestro continente ocho academias de la lengua. La de Costa Rica, a su vez, vendría a ocupar el tercer lugar entre las de Centroamérica, después de las de El Salvador y Guatemala, creadas en 1875 y 1887, respectivamente. La fuerza de esta tercera corporación, que venía a su-

marse a las de Colombia, Ecuador, México, Venezuela, Chile, Perú y a las ya mencionadas de la América Central, fue determinante para el dibujo de la geografía académica de la lengua española. Si bien faltarían aún diez nuevas instituciones para completar el panorama americano, esas nueve primeras marcaban una pauta descriptiva y geográfica muy amplia, que se extendía desde el Río Grande hasta la Patagonia. Aunque pueda parecer un tanto especulativo, los datos anteriores confirman una vocación abarcadora en el rango institucional al buscar compendiar diversas variedades lingüísticas desde la perspectiva de las academias: español mexicano, centroamericano, caribeño y andino (comprendido por la casi generalidad de las naciones de todos los Andes americanos: Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú y Chile; con la sola excepción de Bolivia, que llegaría algunos años más tarde, en 1927).

Cada una de estas nueve primeras academias, a su vez, propiciaba sus visiones de la lengua y pautaba sus primeras investigaciones del español en muchas de las naciones mencionadas, gracias al empuje que algunos estudiosos precursores habían logrado, primero, a título particular y, más adelante, a título institucional cuando las academias de sus países comenzaron sus actividades. Por otra parte, muchos de estos estudiosos serían miembros fundadores de sus respectivas corporaciones o representantes notables en el estudio del español americano: Rufino José Cuervo para Colombia; Joaquín García Icazbalceta para México; Antonio Batres Jáuregui para Guatemala; Julio Calcaño y Baldomero Rivodó para Venezuela; Juan de Arona y Ricardo Palma para Perú; Zorobabel Rodríguez y José Toribio Medina para Chile; y, finalmente, Juan Fernández Ferraz y Carlos Gagini para Costa Rica.

Dentro de las consideraciones de naturaleza cronológica y, en suma, histórica, que estamos haciendo, la Academia Costarricense ocupará otro escaño de capital trascendencia al ser la primera de las academias del español creadas en el siglo xx. Cuando se podía pensar que la racha fundacional del siglo anterior había culminado en 1887 en Guatemala, se activa la simiente, treintaiséis años más tarde, cuando en

San José se instala una corporación con el perfil y con la misión, entre otras como vemos, de reiniciar el germen fundacional académico. Muy pronto, siguiendo el ejemplo de Costa Rica, se fundarían academias en Filipinas, Panamá, Cuba, Paraguay, Bolivia, República Dominicana y Nicaragua, durante la segunda década del siglo. Este refortalecimiento venía a hacer frente al auge, cada vez más desmesurado, de la lengua inglesa en nuestros países como consecuencia del preocupante colonialismo económico, político y cultural de los Estados Unidos en suelo americano. A los escritores, filólogos, académicos y hombres de pensamiento de este tiempo preocupaba, y mucho que la presencia del inglés en el panorama de nuestra cultura adulterara la lengua española hablada en nuestros países. Centroamérica y el Caribe serían las regiones lingüísticas inicialmente más afectadas. Más tarde, el continente entero se vería sumido en procesos muy complicados de interferencias. Los estudios, tanto prescriptivos como descriptivos, sobre el anglicismo léxico se sucederían como intentos científicos para comprender el fenómeno o como mecanismo de contención ante esta situación. Poco a poco la ruta científica se deslindaría de la ruta purista que muchos impulsaban en favor de una vuelta al casticismo lingüístico, igual o más dañino que el elemento anglicista en el español americano. Las academias creadas en la segunda década del siglo XX se encontrarían ante las disyuntivas binomiales descripción frente a purismo y estudio científico frente al retorno casticista.

La posición de la academia de Costa Rica, dentro de este cuadro de nutrias discusiones y debates, tomaría partido por una vía de equilibrio, como ha sido y es característica de su buen hacer en favor de la lengua. La invocación y seguimiento de los postulados del sabio humanista caraqueño Andrés Bello (1781-1865) aparece en la escena de estos debates para buscar situaciones de ponderación entre la liberación de las amarras castizas en materia gramatical y la práctica germinal de los usos particulares. Bello, como se sabe, propugnará la primera seña consciente del panhispanismo lingüístico y de los derechos democráticos en

el ejercicio de la lengua. Bello será, a este respecto, nuestro primer demócrata del idioma.

Una de las vías que ensayó la lingüística hispanoamericana desde las décadas finales del siglo XIX y durante las primeras del XX fue el fortalecimiento de los repertorios nacionales o regionales de voces de cada una de las variantes dialectales del español como una forma de ponderar frente a las intromisiones léxicas del inglés la riqueza del español americano. En este contexto científico o vocacional, según los casos, tan fecundo, Costa Rica ofreció desde 1892, un resultado sobradamente meritorio. Ese año se publicó la «primera entrega», que consistía en la letra a y las advertencias que el autor hacía a modo de introducción. Me estoy refiriendo al trabajo de uno de los fundadores de esta academia centenaria, Carlos Gagini (1865-1925), cuando publica completo el *Diccionario de barbarismos y provincialismos de Costa Rica*, en 1892. Con esta obra pionera, Gagini cumpliría el cometido de señalar y clasificar las voces usuales y propias del español de Costa Rica en la cuádruple entidad que constituían, en los estudios americanos del momento —por allí habían pasado antes, Cuervo y Calcaño, entre otros—, corruptelas, neologismos, extranjerismos y alteraciones sintácticas. La tercera de estas categorías, la presencia de voces extranjeras, vulgarizadas con el término barbarismo, venía a entenderse como una respuesta a la situación colonialista que hemos referido y, también, venía a significar la adhesión a una manera de entender la lengua española desde el casticismo y el purismo, especies que tanto daño harían a los estudios americanos. Gagini tuvo el acierto de virar parcialmente el esquema teórico de este primer diccionario cuando en 1919, edita el ya definitivo *Diccionario de costarrriqueñismos*, sumido en la dinámica de la lexicografía de -ismos, que poco o nada tenía que ver con la simiente prescriptivista del siglo XIX y, ahora, sí mucho con una manera más científica y descriptiva de concebir el trabajo lexicográfico. A este respecto dirá en el prólogo a la que se considera segunda edición de este diccionario: «Sale, pues, esta edición notablemente aumentada y bajo

un plan menos empírico: en ella considero las divergencias de nuestro lenguaje con relación a la lengua madre, no como simples corruptelas, introducidas por el capricho o la ignorancia, sino como resultado natural de la evolución fonética y semántica a que están sujetos los idiomas vivos». Gagini, además, había incluido en los cuerpos introductorios de esta edición, un notable texto prologal de Rufino José Cuervo y una carta, no menos notable, del escritor venezolano Nicanor Bolet Peraza (1838-1906), dirigida desde Washington al diplomático costarricense Joaquín Bernardo Calvo Mora (1857-1915), que constituye uno de los primeros ejemplos de crítica metalexográfica de ese tiempo. Gagini califica este escrito del «celebrado autor de las Cartas Gredalenses», como «primer juicio publicado sobre mi libro», a partir del conocimiento de la aludida entrega de 1892.

El mismo año 1919, en el que se publica el diccionario de Gagini, abandonaba Costa Rica un científico suizo de nombre Henri Pittier (1857-1950), en el que quisiera detenerme un instante, debido a la importancia de sus aportes y al vínculo que establece entre Costa Rica y Venezuela, en los procesos de modernización científica, tanto institucional como en investigación, promovidos por el sabio helvético. Durante los quince años que vivió en Costa Rica, Pittier fundaría el Instituto Meteorológico Nacional, dirigiría el Instituto Físico Geográfico (donde hoy funciona el Museo de Ciencias Naturales) y, lo más destacado, elaboraría el Ensayo sobre las plantas usuales de Costa Rica (1908), una obra gemela del Manual de las plantas usuales de Venezuela (1926), sus dos primordiales aportes a la botánica americana.

Entre Gagini y Pittier se debe establecer una relación de primer orden en torno a la consolidación del estamento científico y de la praxis lexicográfica. Por una parte, no hay que olvidar que, en estas obras, como en las de la mayoría de los naturalistas, de Linneo a esta parte, los resultados se presentan en un formato que pudiéramos calificar de lexicográfico. Por otra, que el rigor en la descripción quedará instalado en la lexicografía de este tiempo como un trasvase afortunado de las

ciencias naturales; cuya sociedad entre ciencia y lengua ya venía afirmándose desde tiempo muy lejano en la lingüística comparada (el caso estrella será la teoría naturalista de Augusto Schleicher, abanderado del darwinismo filológico). El propio Gagini, en la «Advertencias» a la edición de su diccionario, de 1919, reconocerá su deuda con Pittier: «He aprovechado sobre todo la obra del señor H. Pittier, *Plantas útiles de Costa Rica*». En esta idea, el aporte del lexicógrafo costarricense será entendido en conexión con los de autores foráneos que hicieron ciencia en el país centroamericano. A este respecto, leamos el veredicto del doctor Adolfo Constenla Umaña: «Hay que recordar también que entre las principales obras escritas sobre temas lingüísticos nacionales entre 1875 y 1925, el único costarricense que destaca tanto como los ilustres extranjeros William Gabb, Bernardo Augusto Thiel, Henri Pittier y Walter Lehmann es Carlos Gagini».

Determinar cuánto debe la lingüística a las ciencias naturales y cuánto estas a la ciencia del lenguaje resulta un capítulo de teoría e historia muy notable y complejo. Desde las más remotas recolecciones y descripciones de la fauna y flora de una región a través de sus nombres hasta las más recientes implicaciones que botánicos y zoólogos han tenido con las tareas de elaborar repertorios diccionariológicos que anoten y expliquen los nombres comunes de las distintas especies, quedan claros los intercambios disciplinarios y, especialmente, permanecen muy asidas en un punto estos dos universos de ciencia y cultura. Aportando uno la realidad material (las cosas) y otro las formas comunicativas (las palabras), se han acompañado y enriquecido mutuamente la lingüística y las ciencias de la naturaleza, nunca en detrimento de otras ciencias. El diccionario ha sido el punto de encuentro y el espacio en donde la diversidad se hace diálogo y en donde lo que parece distanciado comienza a entenderse indubitablemente próximo. Muy productiva, a este respecto, la investigación dialectológica que estima los nombres que plantas y animales tienen en una comunidad y, a la inversa, la importancia que junto a taxonomías técnicas y a las clasificaciones de especies tienen los

nombres populares en la tarea descriptiva de los botánicos y zoólogos. El romanista Iorgu Jordan distinguía estas dos situaciones en su notable *Lingüística románica* —desarrollada en las sucesivas entregas de los años 1932, 1937, 1957, 1962 y la española de 1967— y lo hacía como un refuerzo de lo que el método «palabras y cosas» vendrían a aportar a la investigación sobre las hablas populares y los dialectos. Las dos posiciones que el dialectólogo rumano destaca serán, por una parte, la de los lingüistas que se interesan por los fitónimos y zoónimos y, por otra, la de botánicos y zoólogos que se han hecho verdaderos lingüistas interesados en la penetración de los nombres comunes de especies naturales y sensibles a los géneros dialectológicos y lexicográficos idóneos para reflejar el léxico de la fauna y la flora. He aquí su formulación: «Los autores de estas obras [sobre fauna y flora] (con algunas excepciones) no son lingüistas, por ello sólo nos sirven de guía en la parte referente a las “cosas”, es decir, a los animales y plantas, sobre los cuales nos dan datos veraces y extraordinariamente valiosos. Pero hay también lingüistas especializados en el campo de la zoología y de la botánica popular, una especie de zoólogo-lingüistas y botánico-lingüistas, que se ocupan habitualmente de los nombres de los animales y de las plantas, intentando explicarlos con ayuda de las particularidades más características de la existencia de éstos». La moderna investigación terminológica, por otra parte, ha venido a señalar la necesidad de que en la elaboración de glosarios naturalistas (como de otras disciplinas o actividades científicas) participen lingüistas y técnicos de la disciplina en cuestión en una muy bien lograda hermandad que unos y otros por separado no podrían alcanzar. El acercamiento que hemos querido entre Gagini y Pittier en relación con la práctica de una lexicografía naturalista ofrece posibilidades de análisis que apenas aquí dejamos apuntadas.

Aunque la reflexión anterior pudiera parecer un desvío del asunto central de esta intervención, es decir, el festejo de los logros de la Academia Costarricense de la Lengua, no lo es, si tomamos en cuenta que lo que busco destacar es cómo la academia se funda en un momento en que

la ciencia lingüística ya hace su entrada decidida en nuestros estudios. De esta suerte, la Academia Costarricense de la Lengua nace deslastrada de los viejos purismos y de los dañinos diletantismos lingüísticos que tuvieron que padecer muchas de las academias del siglo XIX.

Abonando aun más lo anterior, el mismo año en que se crea esta institución, otro de sus miembros fundadores, esta vez en clave literaria, Roberto Brenes Mesén (1874-1947), daba a la imprenta un libro de título *Las categorías literarias* que va a transformar el estamento teórico de la literatura en Costa Rica y en todo el continente. El carácter precursor de este estudio, rico en propuestas y argumentaciones en favor de una teoría americanista deslastrada del seguimiento aristotélico característico de la preceptiva literaria general, ocurre veinte años antes de la aparición de los trabajos del gran Alfonso Reyes (1889-1959); concretamente del ensayo «Aristarco o anatomía de la crítica», de 1941, y del tratado *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*, publicado en 1944. Un siglo después, coincidiendo con la presente celebración centenaria de la Academia Costarricense de la Lengua, se ha publicado, en el número quince de la colección «Clásicos» de la Asociación de Academias de la Lengua Española, una edición moderna del libro de Brenes Mesén, bajo el cuidado del actual prosecretario de la corporación Carlos Francisco Monge y por iniciativa de la propia institución costarricense.

A partir de 1951, cuando se crea en México la ASALE, comienza una historia compartida entre la Academia de San José y la Asociación de Academias. Esta vida en común puede exhibir hoy, en clave de recuento, los siguientes momentos, actividades y aportes recíprocos entre las dos instituciones. Los detalles de esta relación son conocidos de sobra por ustedes. Yo solo quisiera recordar la organización del *IX Congreso de la Asociación de Academias*, celebrado en San José en 1989. La mesa directiva de este congreso estuvo presidida por D. Oscar Arias Sánchez, a la sazón presidente de la República y Premio Nobel de la Paz de 1987. En esta exitosa reunión intervinieron diecisiete académi-

cos costarricenses y cincuenta y dos de las otras academias, que trataron temas relativos a la defensa del idioma y su unidad y, especialmente, a la relación de la lengua de España y América de cara a la celebración de los distintos eventos para conmemorar el «V Centenario del Descubrimiento de América». Los saldos de este evento han sido establecidos por Humberto López Morales, tercer secretario general de la ASALE, en su *Historia de la Asociación de Academias de la Lengua Española*, de 2016.

Muy notable ha sido la constante incorporación de la Academia Costarricense en la Comisión Permanente de la Asociación. Ello ha quedado recogido en la lista de delegados que esta academia ha enviado a Madrid para cumplir con las tareas académicas y administrativas de la Comisión Permanente, como órgano de gobierno de la Asociación. Arturo Agüero Chaves, Alberto F. Cañas Escalante, Miguel Ángel Quesada Pacheco y Mario Portilla Chaves, respectivamente, han dignificado con su buen hacer científico y académico la integración a las comisiones de 1966, 1975, 1982, 1991, 2000, 2005, 2010, 2016 y 2023. En este mismo sentido, los distintos directores y presidentes de la academia (Cleto González Víquez, Ricardo Fernández Guardia, Manuel Francisco Jiménez Ortiz, Víctor Guardia Quirós, Arturo Agüero Chaves, Alberto F. Cañas Escalante, Estrella Cartín de Guier y Víctor Manuel Sánchez Corrales) han concurrido en su representación a los dieciséis congresos de la Asociación y a los nueve congresos internacionales de la lengua española. Por último, la ACL ha cumplido cabalmente con la participación en los proyectos panhispánicos en los que todas las academias están comprometidas y que se coordinan desde la ASALE (*Diccionario de la lengua española*, *Diccionario de americanismos*, *Nueva gramática de la lengua española*, *Diccionario panhispánico de dudas*, *Ortografía de la lengua española*, *Diccionario fraseológico panhispánico*, entre otros). Fueron sus representantes en las distintas comisiones interacadémicas Adolfo Constenla Umaña, Enrique Margery Peña, Miguel Ángel Quesada Pacheco, Alberto Cañas Escalante, Estrella Cartín de

Guier, Mario Portilla Chaves y Víctor Manuel Sánchez Corrales.

Un capítulo aparte en la relación entre la ASALE y la Academia Costarricense lo ocupa la consecución de la sede definitiva para la corporación. Sobre este largo y muy trabajado proceso, que concluyó el 23 de marzo de 2011, solo diré que los agotadores empeños y las desgastantes tareas rindieron sus frutos y, gracia a todo ello, hoy podemos estar celebrando en este recinto este honroso acto de hoy. Varios directores y presidentes de la Academia, particularmente Estrella Cartín de Guier y Víctor Manuel Sánchez Corrales, así como tres presidentes de ASALE, Víctor García de la Concha, José Manuel Blecua y Darío Villanueva, acompañados todos por mi predecesor al frente de la Secretaría General de la Asociación, Humberto López Morales, además de un buen nutrido equipo de académicos integrantes de la comisión que para estos efectos fue constituida, hicieron posible el resultado deseado. En nuestro balance, se trata de un logro que ocupará siempre un lugar en la historia de esta corporación y de la propia Asociación, abocada siempre al beneficio de cada una de las academias asociadas.

Antes de terminar, quisiera felicitar a los académicos actuales como herederos de los académicos del pasado, y saludar a los amigos que esta generosa academia me ha regalado durante los últimos veinte años. Ellos han sido o son: la inolvidable Estrellita, cuya muerte no terminamos todavía de lamentar y de llorar; el siempre recordado sabio Adolfo Constenla, un amigo que me llegó por mi amigo y hermano Horacio Biord Castillo, actual presidente de la Academia Venezolana de la Lengua; el inagotable Miguel Ángel Quesada Pacheco, compañero y maestro de tantas lides de estudio; el equilibrado Mario Portilla Chaves, riguroso en los afectos y bondadoso en la promoción de sus muchos saberes; y, finalmente, el presidente Víctor Manuel Sánchez, cuya primera alusión a su valioso trabajo la escuché de labios del doctor Günther Haensch, en las aulas del proyecto «Nuevo Diccionario de Americanismos», en la Universidad de Augsburgo-Alemania, y que los muchos años de amistad e intercambios académicos han venido afirma-

tivamente a confirmar.

Cuando una institución festeja sus cien años de vida no lo hace solo para rememorar los logros alcanzados y las personas que los hicieron posible, que ya sería suficiente, sino, que ese recuento histórico, cargado de registros de buen hacer y gratitud, compromete a la institución centenaria para las décadas venideras que se prepara a emprender. En este sentido, la Academia Costarricense de la Lengua puede estar tranquila, pues la brillante biografía previa no es sino un buen augurio de lo que vivirá en el corto y mediano plazo. Dicho de otra manera, cada centenario llama al siguiente y lo dibuja con mejores trazos. Felicito, entonces, a esta institución por sus primeros cien años de vida académica y me sumo a los mejores augurios para sus próximos cien que, estoy convencido, serán más productivos y nobles, si caben, que los cien primeros en sus tratos con la lengua española, nuestra mejor imagen de cultura y nuestro vínculo indestructible de unión entre todos los que la hablamos.

DISCURSO DE CLAUSURA

EMILIA MACAYA TREJOS

Academia Costarricense de la Lengua

El tema de esta hermosísima sesión solemne que ahora finalizamos, bien puede resumirse como la UNIDAD EN LA DIVERSIDAD. Unidad en la diversidad nosotros, nosotras, quienes integramos la Academia Costarricense de la Lengua, en lo que ha sido esta celebración como acto de trabajo conjunto, ciertamente bajo la guía entusiasta de nuestro presidente, don Víctor Manuel Sánchez y de la junta directiva que lo acompaña. Personas diversas y con variados intereses pero que, no obstante, confluimos en la unidad de nuestro trabajo académico y en el deseo no solo de cumplirlo, sino de cumplirlo bien, haciendo valer constructivamente las diferencias en beneficio de la corporación.

Unidad en la diversidad, muy a tono con los nuevos matices de nuestra fecha fundacional, 12 de octubre, redefinida como un encuentro de culturas. Novedosos aires que cobijan precisamente a la Asociación de Academias de la Lengua, que es encuentro en igualdad de condiciones, reunión de Hispanoamérica y España espejeándose en su diversidad, para construir fructífera y conjuntamente. Desterrar así el colonialismo en nombre de una labor respetuosa, de mirada horizontal, cabalmente productiva porque es diversa.

Y es que eso constituye el lenguaje: unidad en la diversidad, paradigma como conjunto de posibilidades, sintagma como su plasmación en tanto juego de diferencias, en el despliegue lúdico de la comunica-

ción. Unidad en la diversidad, la norma y el uso, la mirada acuciosa dirigida al hacer de los hablantes, que son la vida de la lengua, pues constituyen su movimiento y la razón de su poder evolutivo. Ya no priva la imagen de ese académico con el dedo índice en alto, prescribiendo y proscribiendo. Es la de hoy una imagen distinta con una actitud distinta: la de la observación y la atención a los hablantes a fin de ampliar, pulir, enriquecer, el cuerpo normativo; a fin de alimentarse en la riqueza del devenir. Unidad en la diversidad, el cuerpo estructurado del lenguaje en el despliegue de ese juego maravilloso de la comunicación y de la creatividad, que es un ejercicio de libertad.

Como seres humanos, conformamos entidades que navegan en el tiempo. Y eso es también nuestra Academia: una entidad temporal enriqueciéndose en su transcurrir. Para mucho han alcanzado estos cien años. Bien podemos decir, por lo tanto: honor a los que fueron, labor a quienes estamos, perspectivas amplias de futuro para las y los que habrán de venir. *¡Larga vida a la Academia Costarricense de la Lengua!*

Artículos
y otras páginas especiales

LA ACADEMIA Y LA CRÍTICA LITERARIA¹

CARLOS FRANCISCO MONGE

Academia Costarricense de la Lengua

Se han cumplido cien años desde la fundación de la Academia Costarricense de la Lengua. Siguiendo una especie de tradición, practicada desde sus inicios por la Real Academia Española desde el siglo XVIII, y luego por las hispanoamericanas, al pequeño grupo reunido en 1923 en un despacho en San José acudieron lingüistas, historiadores, abogados, hombres de la política, editores, pedagogos y poetas. Algunos ya tenían renombre y vivían entonces su madurez, como gente letrada y de la alcurnia cultural; era una élite que desde hacía no menos de treinta años marcaba el paso de la vida política y literaria de Costa Rica. Entre los llamados a integrar el nuevo ateneo estuvieron los nombres de varios poetas: Justo A. Facio, Roberto Brenes Mesén y José María Alfaro Cooper. Como correspondía en la época, todos fieles acólitos del modernismo, aun del tardío.

Las relaciones entre la poesía y la academia —o para mejor precisión: entre poetas y académicos— siempre han sido ambiguas, a veces de sobresaltos y de recelos; en algunos casos, de exclusión y desprecio. No ocurre lo mismo con los escritores dedicados a la prosa de ficción o de pensamiento referencial, tal vez porque el discurso lírico se toma-

¹ Algunas de las tesis que en estas páginas se exponen las desarrolló su autor de forma más extensa y documentada en su libro *Aproximaciones a las letras de Costa Rica* (Heredia: Editorial Universidad Nacional, 2021), particularmente en su segunda sección, «Los estudios lingüísticos, filológicos y literarios», pp. 115-181.

ba más cercano a la fantasía, a la imaginación sin sistema o al mundo interior, encriptado y personal. Es una ambigüedad superada por las mejores mentes y sus plumas, que no han visto como determinantes las distancias entre la imaginación creadora y las aproximaciones analíticas al poema. Solo cabe suponer que en aquella congregación de poetas, novelistas, eruditos y gramáticos costarricenses de hace cien años, los prejuicios y las desconfianzas las habrían dejado para otro día. El joven editor Joaquín García Monge mantenía desde hacía tres años abiertas las puertas de su *Repertorio Americano* a la poesía contemporánea, junto a las crónicas periodísticas, a la narrativa y a las artes visuales. El poeta Brenes Mesén tenía listo para las prensas *Las categorías literarias*, ensayo de teoría literaria, y aunque no se integraría hasta diez años después a la corporación, el poeta Rogelio Sotela, en su *labor* de antólogo y de crítico literario, tenía publicado su *Valores literarios de Costa Rica*²; años después Justo A. Facio escribiría un llamativo ensayo, *La cultura literaria* (1930)³.

Vista con atención, la concurrencia en un individuo del poeta, del crítico literario y del teórico no sería ni una novedad ni una singularidad; tendría que ser, incluso, una necesidad, un deber, porque la idea de la inspiración como fuente, causa o impulso para la creación no era ni es un artilugio, especie de mando a distancia que el poeta quisiera manipular a su antojo, como varita mágica o lo que fuere. En la historia de los procesos culturales, los hechos han demostrado cuán distinta es la situación. Con las excepciones de rigor —Brenes Mesén al frente, con seguridad—, en la corta tradición literaria costarricense hubo quienes creían que explicar su propia poesía no era sino un acto de presunción o de pedantería; en los casos extremos —que los ha habido incontables—, una tentativa de imposibles resultados. El pensamiento analítico en torno a los hechos literarios, cuyas primeras muestras fueron

² Rogelio Sotela, *Valores literarios de Costa Rica* (San José: Alsina, 1920).

³ Justo A. Facio, *La cultura literaria* (San José: Alsina, 1930).

los trabajos del cubano Antonio Zambrana, dejó bien marcadas huellas dejó en las prácticas de crítica de varios intelectuales de nuestro siglo literario, entre ellos José Fabio Garnier y poco después Sotela⁴. A este pensamiento analítico hay que sumarle los estudios lingüísticos de Gagini y de Brenes Mesén, de índole pedagógica sobre la lengua castellana, incluida la gramática histórica⁵. Estamos ante un pensamiento crítico, resultado colateral del positivismo de los últimos trancos del siglo XIX, del historicismo y del idealismo filosófica sobre la cultura.

En Costa Rica, la diferencia más bien consistió en que ante la poderosa tradición de la lírica, de procedencia inmemorial y diversa, las primeras corrientes de la crítica y de los estudios literarios fueron cortas y limitadas. Es cierto que desde su fundación, aquellos jóvenes intelectuales de 1923 se propusieron alimentar los estudios sobre la lengua y la literatura, conforme a los hábitos de entonces: la prescripción lingüística, según los usos peninsulares y la ejemplificación modélica de las mejores plumas de la lengua; pero añadieron un honrado interés por darles mejores condiciones a las letras costarricenses, no solo con sus propias contribuciones sino también con antologías, con trabajos críticos, con espacios y mejores oportunidades de publicación, con certámenes, con debates. Los poetas en la nueva academia —que no los convirtió por ello en *académicos poetas*— vieron en la crítica la oportunidad de saldar cuentas con la naciente historia literaria. Treinta años antes se había publicado la primera recopilación de poesía, la *Lira costarricense*, de Máximo Fernández⁶; poco después la polémica sobre el nacionalismo en la

⁴ Vid. Antonio Zambrana, *Ideas de estética, literatura y elocuencia* (San José: Tipografía Nacional, 1896); *La poesía de la historia* (San José: María v. de Lines, 1900).

⁵ Vid. Roberto Brenes Mesén, *Gramática histórica y lógica de la lengua castellana* (San José: Lehmann, 1905); Carlos Gagini, *Ejercicios de la lengua castellana* (San José: Tipografía Nacional, 1897); *Elementos de gramática castellana* (San Salvador: Ángel E. Delgado, 1907).

⁶ Máximo Fernández, ed. *Lira costarricense* (San José: Tipografía Nacional, 1890/1891).

literatura, de la que aún se oían claros ecos, pues entre los nuevos académicos estaban en sus sillas sus principales rivales: Ricardo Fernández Guardia y Carlos Gagini, acostumbrados a debatir sobre asuntos históricos, gramaticales, políticos y literarios. Tan solo cuatro años antes de la fundación de la Academia, Gagini había publicado su *Diccionario de costarrriqueñismos*, resultado de la profunda revisión de su precedente, el *Diccionario de barbarismos y provincialismos de Costa Rica*; Fernández Guardia había retocado, para la que sería la edición definitiva, de 1922, *Hojarasca*, los cuentos que provocaron en 1894 sus discrepancias con Gagini⁷.

Este inicio de una corriente de crítica fue más una aspiración que en un programa de trabajo, si se tiene en cuenta que después de 1926 y hasta 1950 la Academia cayó en una lasitud institucional: escasas y de pocos resultados las reuniones de trabajo, según se desprende de las actas. En la década de 1950 la situación empezó a cambiar; fue una recuperación lenta y laboriosa que contó con la natural diligencia de tres nuevos académicos: Abelardo Bonilla, Arturo Agüero y Alejandro Aguilar Machado. Los tres procedían de la recién fundada Universidad de Costa Rica y, aunque breve, contaban con obra literaria: Agüero unos poemas neopopularistas; Bonilla una novela de tema urbano; Aguilar Machado, autor de prosa ensayística. Como una segunda acometida de pioneros, mejor apertrechados, Bonilla y Agüero les dieron un notable impulso a las labores esenciales de la Academia, desde el momento mismo en que ocuparon las sillas vacantes; uno como filólogo, el otro como historiador de la literatura. Sobre los rieles de la nueva universidad, se puso en marcha la locomotora de los estudios lingüísticos y de los literarios.

Con los trabajos de Bonilla y Agüero, la Academia dio un signi-

⁷ Vid. Carlos Gagini, *Diccionario de barbarismos y provincialismos de Costa Rica* (San José: Tipografía Nacional, 1892); *Diccionario de costarrriqueñismos* (San José: Imprenta Nacional, 1919); Ricardo Fernández Guardia, *Hojarasca* (San José: Imprenta Trejos, 1922).

ficativo golpe de timón, en dos sentidos: uno, como un compromiso institucional, ambos adoptaron la posición de lo que en definitiva se convirtieron: profesores universitarios; el otro, en su nueva condición de integrantes de una institución cuyo nombre mismo ya tenía vigoroso prestigio, no obstante la crisis de la que apenas estaba saliendo. El discurso de ingreso de Agüero es un ejercicio filológico que aplicó a los escritos de Fabio Baudrit, a quien sustituyó en su silla⁸. El recuento y la explicación de los procedimientos para la restauración de texto se atienen a las posibilidades conceptuales que le dio la tradición filológica española, que Agüero adquirió casi de modo autodidacta. Las páginas que tenía ante sí no arrojaban particulares dificultades, en nada comparables con las ofrecidas por los grandes de la filología peninsular como Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal, sus maestros virtuales, pero la labor de Agüero fue un cambio de tercio para el análisis literario, que en esos años sería la *moderna disciplina*; con ella, la nueva crítica literaria⁹. Como discurso de ingreso a la Academia, Bonilla presentó el proyecto para una nueva historia literaria costarricense; nueva por su propósito de poner al día algunos avances previos y también por postularse como una aproximación metodológica que combinó la descripción interpretativa de los hechos literarios (una especie de historia social de la literatura) con la estilística, entonces atractiva en el medio universitario, para el estudio de su lenguaje¹⁰.

Gracias a aquellos nacientes estudios filológicos y de historia li-

⁸ Vid. Arturo Agüero, «Estudio epilógico sobre la obra de don Fabio Baudrit G.», en Fabio Baudrit, *Cifra antológica* (San José: Editorial Universitaria, 1956): 293-341.

⁹ Hay, sin embargo, un trabajo verdaderamente pionero en Costa Rica: el de Ángela Baldares, «Estudio sobre Aquileo J. Echeverría», *Anales del Ateneo de Costa Rica*, III, 1 (1914): 15-104, notable estudio lexicográfico, para la mejor comprensión y explicación del discurso neopopularista del poeta.

¹⁰ Abelardo Bonilla, «Antecedentes y características diferenciales de la literatura costarricense», en *Historia y antología de la literatura costarricense* (San José: Imprenta Trejos, 1957): 13-35.

teraria, que complementarían otros como Hernán Zamora Elizondo, León Pacheco y José María Arce Bartolini (los tres académicos de la lengua), nació una nueva generación de estudiantes que con el tiempo harían lo propio. Entre aquella juventud universitaria estuvieron Mireya Cantillano Vives, Jorge Fonseca Vargas, Georgina Ibarra, María Eugenia Monge Otárola, Carmen Naranjo Coto, Elsa Orozco Carrillo, Elizabeth Portuguez Miranda, Fabio Ramírez Segura y Virginia Valenzuela Sandoval (que luego seguiría firmando como Virginia Sandoval de Fonseca). Si bien con miras a un acercamiento pedagógico, los sucesivos estudios de Zamora Elizondo y de Agüero trazaron senderos que llegaron a convertirse en amplias avenidas para el campo de la lingüística como disciplina. El hasta hoy día casi desconocido estudio *El lenguaje coloquial de Costa Rica* (1959) de Mireya Cantillano Vives¹¹, puede haber sido el primer gran paso internacional con el que se emprendieron los análisis sistemáticos modernos sobre nuestro patrimonio lingüístico; hacia finales del siglo xx alcanzarían más cotas notables con los aportes de Miguel Ángel Quesada Pacheco y de Adolfo Costenla Umaña.

Mientras tanto, la Academia fue empeñando su palabra en el cultivo de la crítica literaria, revestida en una etapa de los encajes biografistas; en otra, de los rigurosos tonos de los métodos y teorías. Aunque de incierta subsistencia, se había creado en 1957 su *boletín*, en el que han convivido desde entonces noticias institucionales, informes y hasta obituarios, con breves artículos sobre temas gramaticales, fonológicos, sociolingüísticos y literarios. Poco después el boletín publicó varios discursos de ingreso, sobre temas de la lengua, sobre literatura y sobre quien había ocupado la silla vacante. Hacia 1985, la renovación generacional trajo profesores de Castellano —según la nomenclatura de entonces— y a varios poetas que hablaron en sus discursos sobre la literatura na-

¹¹ Lo presentó su autora como tesis doctoral en la Universidad Central de Madrid en 1959; en Costa Rica no está en ningún archivo público; es de suponer que sus herederos conserven algún ejemplar, aparte del que se custodia en Madrid.

cional, o bien sobre sus aledaños y relaciones: Carlos Rafael Duverrán sobre las *Concherías* de Aquileo J. Echeverría, Jorge Charpentier sobre la poesía de Julián Marchena, Jézer González sobre la de Carlos Luis Sáenz. Cuatro poetas le dedicaron sus páginas al oficio de la creación poética: Fernando Centeno Güell, Isaac Felipe Azofeifa, Laureano Albán y Julieta Dobles. No todas, en sentido estricto, de crítica literaria; más bien compuestas de un ensayismo lírico que, evitando la tiesura de la erudición, tomaron los caminos de la imaginación, la gracia... o la ocurrencia. Más ejercicios de especulación filosófica que de crítica literaria fueron los dedicados con singular recurrencia al *Quijote*, no tanto como reconocimiento a la tradición secular de las letras peninsulares, sino como pie de amigo para discurrir sobre literatura, sobre ética, sobre historia (incluida la literaria) y sobre la lectura misma. Es decir, el texto cervantino como simbólico crisol de la cultura occidental y sus vericuetos contemporáneos.

Por razones pedagógicas aunque también disciplinares, durante la segunda mitad del siglo xx se dio un acercamiento entre los estudios lingüísticos, los filológicos y los literarios, tanto en el trabajo que desarrollaron los académicos de la lengua en cuanto tales, como en el desarrollo de la actividad crítica en general, especialmente la originada en el mundo universitario. Primero la estilística; junto a ella una suerte de historia social de la literatura, las aproximaciones temáticas y las monografías sobre géneros discursivos (costumbrismo, realismo social, poesía popular) o sobre movimientos. Más adelante, la adopción del pensamiento europeo sobre la teoría literaria y sus consecuencias: el formalismo francés, la sociología literaria en sus variantes, la semiología, la psicocrítica. Jézer González, profesor de aquella fructífera década de 1980, y titulado en París, siempre se atuvo a la materialidad de los textos, a su lenguaje, a la organización formal y a todos aquellos recursos léxicos y retóricos que le dieran significado y unidad a cualquier página literaria, desde la brevedad del poema hasta la extensión de la novela. Si se pudiera calificar de algún modo, la suya fue una crítica práctica, con notable

dosis didáctica y *ad usum delphini*: los jóvenes y atentos estudiantes que atendían sus cursos. Principios parecidos adoptaron otros académicos coetáneos, colegas suyos que ejercieron la enseñanza universitaria: Isaac Felipe Azofeifa, Carlos Rafael Duverrán, Virginia Sandoval de Fonseca, Jorge Charpentier. Pese a que alguno, como Azofeifa, fue autor de abundantes páginas sobre educación, política, sociedad y literatura, ninguno de los mencionados reunió sus estudios literarios en un tomo, organizado y sistemático; es decir, no alcanzaron —no lo buscaron— el estatus de crítico literario como ensayista, o quizás mejor: el ensayista como crítico literario. Aquella generación «ochentera» de profesores y académicos no llegó a ser, bien mirada, un grupo de tratadistas, sino una comunidad empeñada en ocupar y difundir como mejor se pudiese, el patrimonio literario nacional, desde la silla catedrática, cuidándose de no hacerlo desde el púlpito de la catedral (fuese esa un partido, una agenda ideológica o cofradías de cualquier signo).

Pese a su primera formación universitaria en el espacio de la estilística, Virginia Sandoval de Fonseca fue un singular ejemplo de conciencia del papel de la crítica para el mejor conocimiento de los hechos literarios. Unió la tradición filológica de su juventud con los nuevos instrumentos para el análisis textual que le daba el formalismo francés. Su discurso de ingreso, cuyo explícito tema, casi su título, es «reflexiones sobre la crítica» es un ejercicio intelectual que puso sobre la mesa los principales temas de discusión: el impresionismo, el origen del escritor, el contexto social y cultural, la sensibilidad del lector, la materialidad del texto, la coherencia conceptual, las determinaciones sociohistóricas, las jerigonzas terminológicas. Aquella especie de llamada a cuentas sobre el papel y la necesidad de una crítica literaria sólida era una señal de los tiempos; también las letras costarricenses pasaban por una etapa cuando las relaciones con la cultura letrada internacional —incluido el acelerado mercado editorial y librero hispanoamericano y peninsular— llevaron a una remodelación de la literatura misma. Con el ejemplo de Sandoval de Fonseca, en el campo literario, y los avances simultáneos

de la lingüística contemporánea de Quesada Pacheco y de Constenla, la Academia puso una primera pica en su historia reciente.

Entre los nuevos académicos de la lengua, profesionales en filología, en historia literaria y forjados en algunas tendencias del pensamiento contemporáneo, se han ocupado en sus labores docentes y de investigación universitaria de nuevas dimensiones de los estudios literarios: la denominada teoría de la recepción, los variados problemas sobre la didáctica de la literatura, la ampliación de los objetos de estudio allende autorías, obras individuales, contenidos o urdimbres ideológicas¹². En cierta medida, las nuevas ideas del discurso literario dejan a un lado la excepcionalidad de esta novela, de esos poemas o de aquella obra de conjunto de un autor, para considerar las nuevas relaciones y determinantes de los hechos literarios. Movimientos, tendencias o corrientes, términos tan anclados en los ejercicios de análisis y comentarios de textos, son en adelante construcciones provisorias de un universo mayor, más complejo y, por tanto, difícil de asir y de abarcar. Ya no tanto el *nuevo* papel del lector sino las nuevas ideas que al lector (virtual) se le reconocen o atribuyen. ¿Quién pone en acción el hecho literario: el escritor, el lector, el experto erudito que propone y ejercer autoridad epistémica?; ¿son la difusión, la popularidad y el éxito editorial nociones intercambiables?; ¿evoluciona o prosigue la literatura como patrimonio de las culturas?

Experta en sus estudios sobre las revistas de literatura y de arte en Costa Rica, Flora Ovares muy pronto hizo derivar sus indagaciones a ciertos ámbitos que completaban el círculo de la semiosis literaria: *fuerza* (autor) / *producto* (obra) / *dirección* (lector). En el mundo de

¹² No veo oportuno referirme a mis propios trabajos en el campo de la historiografía y la crítica literaria, dentro y fuera de la corporación. Por lo pronto baste la referencia a mi discurso de ingreso, «Andanzas española de la poesía costarricense», que leí en febrero de 2006. En él expuse la necesidad de explorar y examinar las relaciones de orden histórico, cultural y literario entre las letras costarricenses y las peninsulares, asunto escasamente en nuestro medio, aún hoy día.

las revistas literarias, el papel del autor disminuye en función de una institucionalidad colectiva y compartida. La revista reúne y comparte sus páginas, con escaso margen para el esencial personalismo del libro particular; la revista procura la unidad y el individuo-escritor se atiene a ello, incluido el prestigio o la tradición de la revista, que selecciona y a su modo organiza un canon¹³. Por su parte, en sus trabajos de índole historiográfica y al mismo tiempo desde los velados procesos de elaboración textual de la obra, los estudios de Albino Chacón Gutiérrez ponen de manifiesto la relación entre los saberes de la semiótica y el significado de las nuevas propuestas estético-ideológicas de la literatura hispanoamericana actual, incluida la costarricense. Con el atento oído en medio del bosque plurifónico, Chacón Gutiérrez escucha voces y trinos, procura identificarlos y categorizarlos, en medio de la cháchara y los ruidos prescindibles. Además de su discurso de ingreso —centrado en problemas de didáctica literaria—, sus numerosos artículos y ponencias para congresos y simposios académicos añaden nuevos puntos a las íes; atendiendo nociones esenciales de la filosofía contemporánea de la cultura, hace hincapié en un paradigma conceptual de vastas consecuencias: la índole híbrida del discurso literario, su heterogeneidad, su multiplicidad y contagio; la literatura es un «objeto de mil caras y múltiples voces». Más que metodológicas, las consecuencias de estos principios le cambian la cara a la historia literaria costarricense, tan cargada de fardos tópicos, de concesiones cordiales, de secretos a voces; en última instancia, de convencionalismo. Aunque a pasos lentos y post-traumáticos, el ejercicio de la crítica literaria desde la Academia es, una vez más, un mostrario concentrado de su evolución general, principalmente del mundillo universitario de los estudios sobre el patrimonio nacional.

El ejemplo más reciente —en este año del centenario— podrían

¹³ Vid. Flora Ovares, *Literatura de kiosko* (Heredia: Editorial Universidad Nacional, 1994); *Crónicas de lo efímero* (San José: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, 2011).

constituirlo los avances de otro académico, historiador de la literatura, *Alexánder Sánchez Mora*. Su discurso de ingreso y otros títulos suyos posteriores se han detenido en una especie de campo minado, sembrado más de incertidumbres y de preguntas: el (hipotético) legado de una literatura colonial en Costa Rica. Hasta ahora, la Academia se ocupó de su actualidad literaria, con algunos y ocasionales excursos a su pasado; el ejemplo de *Bonilla*, ya lo hemos señalado aquí, es emblemático. Las tesis de *Sánchez Mora* no son un ejercicio de arqueología cultural —¿hay una literatura colonial en Costa Rica?— sino un gesto de reivindicación de la palabra entendida —y concebida desde sus fuentes— al mismo tiempo como historia, testimonio y ejercicio estético. Refuta la historiografía convencional que niega el legado colonial; con ello pone en entredicho creencias y prejuicios y, principalmente, organiza los conocimientos; sin ser conjeturas, rediseñan la cartografía de los estudios sobre la literatura nacional, o bien sobre la escrita en el territorio histórico costarricense.

Como cabe suponer en una entidad como la Academia Costarricense de la Lengua, en materia de crítica o de estudios literarios no caben directrices institucionales y mucho menos doctrinas o programas fijos de trabajo. No es un partido, ni siquiera un ateneo; más bien, una pequeña cofradía cuyos integrantes disertan, comentan, exponen sus pareceres, discuten y, sin sorpresa alguna, disienten sobre este o aquel asunto. Con ser a veces más rígidas o excluyentes las posturas en el variado campo de los estudios lingüísticos, han convivido, con algunos traslapes, corrientes teóricas de diversa índole, unas tras otras en el tiempo. La crítica literaria en la Academia, en cambio, originada en gustos y preferencias, se ha desarrollado a lo largo de los años sin mayores sobresaltos; si bien las tendencias o fundamentos epistemológicos han tomado diversos rumbos, algunos opuestos entre sí, otros paralelos, y en algunos casos convergentes sin exclusiones.

La historia de la crítica literaria en Costa Rica todavía espera un análisis sistemático y riguroso, no obstante algunas tentativas y avan-

ces recientes, de estirpe universitaria. Durante los últimos cuarenta o cincuenta años, las aproximaciones y estudios a la literatura, desde la Academia, no han diferido sustancialmente de lo hecho extramuros. Las causas están a la vista: en forma predominante, los académicos de la lengua proceden de las universidades y estas son las principales instancias en las que se debaten los problemas centrales de la disciplina. A diferencia de aquellos primeros años de la década de 1920, tesoneros y en su etapa de exploraciones y tentativas, los estudios contemporáneos son legatarios de sustanciales avances y sobre asuntos diversos: reflexiones y tesis sobre la literatura costarricense como un cuerpo orgánico y con historia; estudios monográficos notables sobre autores, corrientes y formas; incursiones desde la historia social, política e ideológica; acercamientos filológicos y lingüísticos; algunas labores y especulaciones desde la filosofía del arte; prácticas y experimentos desde la materialidad textual; demostraciones, en fin, del arraigo del ejercicio literario en movimientos y tendencias de la cultura moderna de Occidente, muchos de ellos ínsitos de la alta cultura en centros universitarios de poderosas metrópolis primermundistas.

Como el convidado de piedra, la Academia Costarricense de la Lengua ha aceptado la posibilidad del eclecticismo, la coexistencia pacífica y una discreta tolerancia entre sus filas. Ventaja y riesgo, como en toda empresa. Aunque ha sido una entidad donde casi todos llegan y caben —poetas, gramáticos, historiadores, filósofos, periodistas—, no es una habitación abierta, sin puertas ni paredes; tampoco una hermandad excluyente ni de arcanos saberes. El que ha entrado en franco declive, por anacrónica y de escaso fundamento, ha sido el radical distanciamiento entre el poeta y el pensador; entre el creador de ficciones y el intelectual que reflexiona desde un sistema de ideas. La historia de Occidente, desde hace siglos, lo ha demostrado: los grandes poetas han sido críticos sagaces, aun de su propia obra, que examinan y explican (Dante, Petrarca, Juan de la Cruz, Hölderlin). De signos opuestos, la subjetividad y la objetividad son conceptos siempre relativos, con res-

pecto a lo que se quiere ver en un poema, en una novela o en un cuadro.

La crítica literaria ha sido, en esta centuria recién cumplida, un punto de convergencia, en el que no se han definido teorías, doctrinas ni posiciones quintaesenciadas. En cada caso a su modo, a lo largo de la historia de la institución, la crítica literaria ha sido un ejercicio de franco compromiso con el conocimiento de la literatura costarricense, a veces de modo directo, otras oblicuo. Al igual que los estudios lingüísticos han sido constantes —es decir, frecuentes y sostenidos— y no se han detenido solo en el español de Costa Rica, sino en otras lenguas del territorio, incluidas las precolombinas, los estudios literarios —llámen-se estos crítica o teórica— han aumentado con los años su capacidad abarcadora, y con ella el reconocimiento de la complejidad del fenómeno literario, como discurso y como creación cultural. A lo mejor, entre las nuevas interrogantes que se formulen, quedaría desplazada la hipótesis de una literatura *costarricense* (o lo que es casi lo mismo: el nacionalismo en nuestra literatura), para darles mejor cabida a preguntas más propias de nuestra época: hacia adónde conducir las investigaciones, de base racional, para situar las características y condiciones de la literatura costarricense contemporánea, tributaria y deudora de otros saberes, de imprevisibles impostaciones con que interpreta o reconstruye su propia historia, volátil y esquiva desde dondequiera que se la vea. Ya no interrogarnos si existe una literatura *costarricense*, sino si puede formularse *lo costarricense* en la literatura. ¿Cabrán ese tipo de problemas en la crítica literaria en estos tiempos que corren?

San José, 15 de noviembre de 2023

LA POESÍA EN LA MESA ACADÉMICA

Durante estos cien años de actividad académica, los poetas que la han integrado a lo largo de su historia le han dedicado letras, palabras y páginas a su propio oficio o a asuntos aledaños. No siempre son ejercicios de poética, en su sentido aristotélico, pero en la relativa variedad temática de esos escritos son visibles sendas manifestaciones de una metaliteratura —en los términos contemporáneos— con la que la voz lírica se autointerpreta y se presenta como imagen o simulacro de la realidad. Naturalmente, las obras de los poetas de la Academia han corrido paralelas a la historia de la poesía costarricense, y en directa relación con el entorno de la escrita en lengua española. Esta brevísima selección de poemas (en algunos casos, pasajes de prosa poética) reúne en una especie de coro que atraviesa el tiempo las voces de quienes siendo principalmente las de unos poetas, se congregaron un día alrededor de la mesa, como compañeros de trabajo, con lingüistas, filólogos, críticos de literatura, historiadores y pensadores.

LOS EDITORES

JUSTO A. FACIO (1859-1931)

A un poeta

Aún viven sobre tu losa,
a despecho del olvido,
esas flores que el poeta
abandona en el camino;

porque lucen y fascinan
 con sereno y puro brillo,
 por humildes, en violetas
 tus ensueños convertidos;
 porque cada pensamiento
 que en tus estrofas aspiro
 y cada ilusión que bulle
 entre las ondas del ritmo
 flor es cuya esencia inunda
 el santuario del espíritu;
 ¡y parece así que al alma,
 cuando tus versos repito,
 bajan temblando los átomos
 de las rosas y los lirios!

JOSÉ MARÍA ALFARO COOPER (1861-1939)

A mis versos

Oh pobres versos míos,
 nacidos todos de mi pena amarga,
 botados a la luz de la existencia
 con el calor de mis ardientes lágrimas,
 lamentos, ¡ay!, de un corazón cobarde,
 acordes de una música lejana,
 que vais adonde van mis pasos torpes...,
 hacia la noche aciaga;
 quimeras o verdades de la vida,
 he vertido en vosotros toda el alma:
 mis dudas, mis congojas
 y este sediento afán que no se sacia...

Algunos hay que os miran con ternura,
otros os tienen lástima,
¿y envidia? Nadie, ni se tiene envidia
del ser que gime entre la sombra y pasa,
mendido del amor que va implorando
un poco de esperanza...
¡Los más, sobre vosotros nunca dejan
caer una mirada!

ROBERTO BRENES MESÉN (1874-1947)

El poeta

Artista, el tuyo es un extraño mundo.
De un solo impulso te remontas
a la visión del alma de las cosas.
Más allá del mundo de las formas
tú contemplas las ideas
moldeando en sus tornos de alfarero
las inmorales urnas
donde ellas vacían el fuego del espíritu
que enciente la llama de la vida y del sentido
en todas las cosas de la tierra.

Tu genio es de esencia divina;
tu corazón palpita en el pulso
de los siete elementos del Cosmos,
y por eso tú sientes más hondo
que cuantos no son de tu estirpe.
Tú tiembles en la hoja del álamo,
murmuras en la onda y en la tormenta ruges,

tú cantas en la alondra
y eres gracia en las líneas ondulantes
del vuelo del amor y de la vida.
Cuando descienes a la tierra
la naturaleza abre sus alas
para volar hacia ti en demanda
de tu voz y tu expresión que le hacen falta
para hacer sentir su perfección y encanto.

Como en un Amazonas sus afluentes,
en tu yo se vierten y confunden
los pequeños yos del mundo.
Cuando das a tu tristeza o tu alegría
la calurosa elevación humana
el mundo se conmueve,
porque hay en tu emoción
la divina melodía
de la carne rasgada por el arco
tensísimo del alma.

Si llora el hombre de común arcilla
su dolor tan solo llora;
el tuyo es el llanto de todos los hombres,
de todos los dolores;
es tu alegría
la primavera del mundo.
Cuando te ausentas de la tierra
al punto se oscurece
toda la belleza callada de las cosas,
todo queda desolado, en suspenso y en espera.

Los surtidores perpetuos de la vida

parecen callar, dormir
cuando callas o duermes;
los dioses mismos cesan
de revelar a los hombres su existencia
cuando tu voz se apaga.

Tú eres la sabiduría
de los dioses el primer día
en que una religión abre su primera flor,
en que una filosofía
funde el oro de su ciencia
en el fuego del amor.

Con alma de Voluspa o de Sibila,
de vidente o de profeta,
cuanta bella concepción existe
en la conciencia humana,
tú se la diste,
poeta.

ROGELIO SOTELA (1894-1943)

No hay tristeza en mi verso

No hay tristeza en mi verso ni se queja mi rima;
lo que hay es paz serena y en esa paz se anima
la musa panteísta que tan feliz me guía;
lo que hay es que en mi verso se canta la alegría
con tono tan suave
que solo ella lo sabe.

En mi verso hay un poco de humildad, de ternura;
 está ungido de amor como una fuente pura
 que solo da el cariño de su limpia corriente;
 y así fluye mi verso, serena, mansamente
 a través de la urdimbre de la «ruda arboleda»
 como un río de seda.

Yo sé que no violento mi actitud.

Escondida

para otros la belleza ideal que hay en la vida,
 hecha ritmos la ofrezco a la hermana querida.

JOSÉ BASILEO ACUÑA (1897-1992)

La poesía

¡Espejo de mi alma!... Lago de la Poesía
 en donde se reviste la divina belleza
 que brota de las cosas con nimbo de tristeza
 o con encaje blanco de serena alegría.

Combinación alquímica de mundo y fantasía;
 no sé dónde termina mi alma y dónde empieza
 el cerco que le asignan a la naturaleza,
 ni cuándo es verdad suya ni cuándo es verdad mía.

Los dos somos un todo. El soplo de mi aliento
 tiene olor de Vía Láctea, lo azul de la montaña
 lleva el añil profundo de la cósmica entraña,

y en mis versos escucho, como el rítmico acento

quizás de voz amiga, talvez de voz extraña,
que fue risa en Andrómaca o en Orión fue lamento.

CARLOS LUIS SÁENZ (1899-1983)

Oficio del poeta

Tenaz, hasta pasar a otra ribera,
abonaré del hombre la simiente.
Un día se alzaré resplandeciente
a nuevo sol, su espiga verdadera.
Aquí en los surcos de hoy, bajo la fiera
boca del lobo, bajo el inclemente
turbión, nos duele el pecho y se resiente
el llanto, hasta su lágrima postrera.
Es nuestro lote de hoy duro y oscuro.
Mirad, de aquí cosechará el futuro,
íntegra nuestra sangre, útil, esbelta,
vuelta a vino de luz en la uva cierta.
Bébanla nuestros hijos largamente.

FERNANDO CENTENO GÜELL (1907-1993)

Creo en la poesía

Creo en la poesía porque creo en el hombre. Creo en el hombre porque creo en Dios. Se ha dicho que solo debemos hablar de lo que amamos; voy a hablar del hombre que busca a Dios por medio de la poesía. Verbo y atributo de la vida —tal vez la vida misma—; ser incognoscible y de múltiples presencias; mar a donde van las aguas de la sed, la duda y la pregunta; verdad demostrada por Él mismo en el

teorema de la creación. Dios... [...] ¿Y la poesía? Acto y fenómeno de recreación cósmica o telúrica; nunca vulgar o pedestre porque traicionaría su alta naturaleza. El canto es sagrado. Operación aritmética divina, resuelta con guarismos humanos. Oración, es decir, impulso ascensional del alma.

El hombre genera la poesía y esta crea al hombre. Solamente el espíritu es apto para el clima de lo poético. De la veta recóndita de intuiciones y vivencias, de pensamiento y sentimiento en maridaje, extrae la materia y las esencias vitales para la forja de la poesía. Ante el deslumbramiento del universo, el espíritu fabrica su lenguaje, inventa la palabra, que parece recién nacida.

FRANCISCO AMIGHETTI (1907-1998)

El poema

El poema es una línea
 que rige las montañas, desdibuja las manos
 y se hace río.
 Es una bandera que el viento ha devorado
 sobre el mar,
 o lleva un niño en una fiesta patria.
 El poema es una fruta,
 se aspira como flor y se ve como cuadro.
 Es la geometría metiéndose en el tallo
 y organizando la dirección de las hojas
 en proporciones áureas.
 Y el poema es también
 la noche de la ventana
 en donde el ruiseñor de una constelación canta.

Si la poesía fuera hecha paisaje
o hecha mujer
es porque la llevamos en la sangre.

El poema es un hilo de seda
que sale del corazón a sujetar las cosas,
y retenerlas en el instante
en que cruzan de la luz a la sombra.

ISAAC FELIPE AZOFEIFA (1909-1997)

Yo soy mi propia palabra

Yo soy mi propia palabra.
Yo soy los libros que leo.
Yo soy el pueblo que amo y está hecho
de miseria y palabras.
Yo soy el mar de palabras y deseos que navego.
¡Oh savia viva, río de sangre, raíz mía!
Yo soy don Quijote soñador, pero también Justo Sánchez,
[jornalero,
y José Arcadio Buendía, loco de sueños como don Quijote,
pero también Roque Chaves, que me trae
lechugas y naranjas.
Yo soy mi santo civil, García Monge,
pero también Mendoza, mi ladino abogado,
y soy mi Luis de Góngora, lengua de artífice irónico,
pero también José Salvatierra, el albañil.
Y Cortázar, Darío, Asturias, la Mistral, Carmen Lyra,
Y Neruda, pero también Antonio Siles, jardinero,
y Unamuno, y don Ramón del Valle Inclán, pero también

la triste doña Emilce, doméstica, con su vocabulario desusado,
 y don Vito el sastre, y Jaime, vendedor,
 y don Jacinto en su tienda,
 pero también los sonetos de Julián Marchena,
 y los cantos para niños de Carlos Luis,
 y la poesía de piedra y lumbre de Mario Picado
 y la cólera cívica de Luis Barahona, que acaban de morir
 y ahora hojeo sus libros incorruptibles
 en el estante de otro tiempo.

Yo soy mi propia palabra.
 Herramienta de trabajo de Isaac Felipe, obrero
 de la lengua castellana, torcidos los renglones
 y atareado de versos, lector sin hora de descanso,
 que cada amanecer sale a cazar metáforas semidormidas
 como un furtivo ladrón de estrellas poéticas
 y compone el poema escuchándose como músico
 y a veces también pide silencio universal
 como si estuviera ayudándole a Dios
 a crear una nueva criatura
 con trabajo digno de alegría y justo descanso,
 como acabo ahora cuando amanece, este poema, y digo que
 entero, como persona,
 el hombre está en su palabra.
 El mundo se aclara y forma
 si el hombre da su palabra.
 Tiene dignidad de hombre
 el hombre por su palabra.
 La mentira le corrompe
 si no enfrenta su palabra.
 Dada en falso, le descubre,
 sin hombredad, su palabra.

Tuvo el mundo su principio
en una sola palabra.
Y crea la patria humana
el hombre con su palabra.

ALFONSO ULLOA ZAMORA (1914-2000)

Poesía y no-poesía

La poesía, por el sello de autenticidad que requiere para serlo, habrá de constituir siempre, en todo tiempo y lugar, el leitmotiv existencial de su creador. Una vez vertida, dos categorías: la sencillez y la espontaneidad, serán las que mejor la definan. La quiebra de este dualismo categórico, no hará más que revelar a la vanidosa mentira, o bien, al bobalicón rebuscamiento. Por favor, suplico no confundir la no-poesía con la que algunos hoy, deliberadamente, han dado en llamar antipoesía, pues para mí esta última, la antipoesía, en la mayoría de los casos es solo un modo más de recorrer la rosa, pero contando sus pétalos al revés.

FABIÁN DOBLES (1918-1997)

Poesía, amiga

Tú me llenas, amiga, tú me llenas.

Pueden secar el árbol que te canta.
Pueden callar el agua en que me riegas.
Pueden oscurecerme la ventana.

Qué más da, si te quedas.

Hay un día de tu origen en el tiempo.
Hay una fecha tuya que no cambia.

Tú me has enriquecido el corazón.
Tiene su propia casa.
Está su mesa puesta, su sed sacia,
porque siempre al alcance de su mano
encuentra tu recóndita campana.
Tú lo llenas, amiga, tú lo llenas.

Ya pueden enterrar las madrugadas,
seguir la dulcedumbre, la ternura
de esta flor, de este pájaro negarme,
arrancar a cercén el horizonte
y apagarme la tarde.
Desde antes de la vida me esperabas.

Tú te quedas, amiga, tú te quedas

Y después de la vida tú me aguardes.

MARIO PICADO (1928-1988)

Poema

Es cambiarle de signo a las palabras,
es repetir la historia diferente.
Es sobornarle sueño a la mentira
y ponerle recuerdo a la esperanza.

Es el mismo molino indiferente
dando vuelta a distinta temporacia,
la misma lontananza en otro viento
—viento y agua girando en lo de siempre—.

Es fray Luis doliéndole a Unamuno
y Quevedo cansado de Manrique.
Es Vallejo con Bécquer contemplando
un adverbio de cifras transparente.

Es Machado y más y hacia la muerte
en queja de sonrisa traspasada.
Es rebote de vida en cada página
y pared de silencio... y Lorca y ala.

CARMEN NARANJO (1928-2011)

Mi poética

Una lucha de palabras en este tránsito de vivir y morir, de perder tanto en la memoria y de fraguar sentimientos, que a veces no son simples recuerdos sino escamas sensibles al viento y a la piel erizada que sufre y goza una agonía de voces: silencio y murmullos, hasta temor de un sonido concreto.

Así, casi silenciosa, con miedo a la forma que puede ser ruido, y de repente violenta, para dar fuerza al ser que siempre desfallece, en la inseguridad de expresar porque es consciente de una lucha interna, en que las palabras, las formas, los conceptos esquivan siempre la recreación de una vida que a veces es llanto crudo, inconsolable, o temor de sonreír, o asombro infantil de amar y volverse vertical y simple, o

angustia de abstracciones inútiles, o claustrofobias de esquemáticos decires.

Sin estilo, sin sistema, sin métodos, con la única guía de vivir colores, en un mundo gris que agrisa. Un solo afán de puertas que desaparezcan como puertas. Un movimiento anárquico que despierte todas las parálisis y se convierta en una danza colectiva de plenitudes auténticas. Un deseo loco de gritar para encontrar armonías y no hacer nunca la música y no transformar en trivial el trino de un pájaro ni la voz humana.

JORGE CHARPENTIER (1933-2004)

Poeta, sembradío y padre

Deja que el niño juegue con la tierra
y que la siembre.
Al fin y al cabo
ser labrador
es mejor que leer a Proust a edad temprana.

Comprende que Proust es pasión verdadera
y la tierra de arar imposición campesina.
Te dijo el maestro:
que él aprenda a ordeñar abecedarios
y no vacas de sombra
como esas que yo alquilo
para tener con qué dormirme
a las dos en punto de la tarde.

Total, tú pariste ya lo que debías
y lo peor va a suceder.

Se irá a la ciudad a escribir versos
y sus poemas cantarán sobre este padre
con la madrugada en el corazón azul.

Deja entonces mientras tanto
que el niño juegue con la tierra
y deshoje las raíces del río.

Total, algún día querrá ir a Murcia
y conversar con Miguel Hernández
para saber dónde encontró a Ramón Sijé,
a quien tanto quería.

CARLOS RAFAEL DUVERRÁN (1935-1995)

Gracias por este don

Y si alguna línea lleva a sobrevivirnos
será tal vez aquella donde se sienta el tiempo.
El tiempo, que nos da sombra y agua a la vez
y nos graba borrándonos. Transcurre
por esta tarde un viento que hace crecer las cosas
y las trae hacia mí, que las recibo
pero no puedo contenerlas. Yo mismo
soy apenas un fluido con conciencia
de su escapar, de su veloz transformación
hacia otro estado:

esta luz, el dulce vino del recibimiento
y los ojos de la infancia que suben, que maduran,
me alcanzan,

y que, por un momento, parecen duplicarme

mientras yo ascendo a otros que me precedieron.

Vuelvo a decirlo

solo el tiempo.

Me digo, me hablo, me dirijo a alguien
que estaba ahí hace un instante y era joven,

me vivo hacia ese otro y era un niño

que soy, que fui, que siempre vuelve a ser

en ti, en mí que te contemplo, que te vivo.

Gracias por este don y por el tiempo.

LAUREANO ALBÁN (1942-2022)

Las piedras escritas

Y Jehová dijo a Moisés: Escribe esto para memoria de un libro

Éxodo, 17:14

Si no escribes has muerto,

y es tu raza el silencio.

El animal es bello como un dardo en el centro
de polvo del relámpago;

pero tú eres el canto.

El árbol es arena alzada hasta ser pájaro;

pero tú eres memoria.

El mar es una fuente de días inagotables

que se vuelven duraznos en todas las ventanas;

pero tú eres palabra.

El viento es como un ala que recuerda y recuerda

la prisa de los ángeles que se alejan del hombre;
pero tú eres la piedra grabada por mi ausencia.

Si no escribes has muerto,
y es tu raza el silencio.

Puedes amar, correr, agotar lejanías,
crecer hasta tu cuerpo y llevarle manzanas,
pero si no has escrito —¡óyeme!—
no podrás escapar de los dados del tiempo.

Que cada vez que escribes agregas una letra
a mi nombre —y a tu nombre— inefables.

JULIETA DOBLES (1943)

A la compasión por la poesía

Que el poema detenga tu llanto,
alma sencillamente humana,
en el suspenso de tu curiosidad.
Refrésquese tu frente, aún afiebrada
por la persecución de la sobrevivencia.
Conforte tu sed inagotable
de respuestas y goces.
Rompa tu miedo a la vida y sus ansias,
a la muerte y a sus devastaciones.

Que el niño que siempre eres,
corto o largo en edad,
se regocije con las palabras,

con el juego verde oro de los acentos,
con el inesperado botín de los finales,
siempre principio de algo más.

Que las metáforas entren a tu cuarto de enfermo,
sean un lago a tus dolores,
pueblen tu soledad,
la común y extraña soledad del que sufre.

Que la calidez de la poesía
arrope tus fríos, niño que deambulas
en la noche sin nadie.
Enfrente tus temores,
mujer maltratada
por los puños de quien dice te ama.
Restañe tu sangre,
herido inesperado en mitad del camino,
o en la cruel refriega de la vida.

Que la voz compasiva del poema
abata tu tristeza y tu luto,
te inspire a tender tu mano
y esfume la indiferencia de tus gestos,
el cínico y brutal «¡es la vida!»
de tus hombros fruncidos
que te mata y nos mata.

Que el disfrute del poema
llegue a ser en tu vida
uno de los caminos, a veces intrincado,
otras, duro en sus rocas y desiertos,
o intenso en sus jardines,

pero siempre un espejo
rozando los filosos bordes de la hermosura,
hacia el otro, que sangra.

RAFAEL ÁNGEL HERRA (1943)

Es sabia tu palabra

Es sabia tu palabra
y el fuego que crepita,
esa voz antigua de poeta
que nos habla desde lejos.

Adoro el fuego viejo.
También es sabia tu pasión
por los poetas muertos,
¿pero quién lo sabe ahora?
Tal vez hablen otras lenguas
y te digan palabras viejas
al oído.

Ahora escucha.

CARLOS FRANCISCO MONGE (1951)

Conversación con la poesía

Cómo es que me obligas, en plena noche,
a desperezarme, a correr con urgencia,
a desbaratar sombras, en pos de ti,
en procura de la palabra exacta,

que antes de que se fugue
hay que atraparla como al moscardón,
como al mosquito insistente,
como al ratón majadero.
Por qué la prisa, la necesidad,
como si un rascacielos
estuviera a punto del derrumbe definitivo;
por qué llegar a tiempo en medio de la tempestad,
entre rayos y truenos;
por qué me obligas, pícara, sinvergüenza.
Cuál es la causa radical por la que haces creer
que el mundo solo fluye sin otra salvación
que dos o tres palabras bien plantadas,
sin más música que el agua,
sin otro goce que un fuego fatuo
entre el escándalo de la oscuridad.
Cuál es la causa, di.
¿Es que el silencio se torna en inmundicia;
es que nos ves, a tientas, como espantajos voraces,
buscándole salida a esta materia de curvas,
de señales cruzadas, de movimientos torpes,
de pasos entre el fango?
Cómo es que obligas a romper el cerco
y encomendarnos, como ilusos devotos,
a tus ansias, a tus embriagueces, a tus aguijonazos
y correr, inclinar la cerviz y lavarte los pies,
pícara, sinvergüenza.

MÍA GALLEGOS (1953)

La palabra

La poesía no está en la palabra.
La esencia está en lo otro,
en el tono que traiciona al poeta.
Hablo del idioma personal,
donde juntos se engarzan las nubes y el oído,
un lenguaje que apela a la miniatura y a los detalles,
a un libro que reproducimos en un verso,
a una escritura que nos viene siguiendo sin nombrarnos,
a una presencia cuyo nombre en vano
tratamos de aprehender,
y cuyo rostro nos ha mirado desde el primer nacimiento.

Necesito las palabras
para hallar dentro de mí la propia llave,
el interlocutor que no se presta al juego,
que no olvida,
que descifra el secreto del idioma,
el del ajedrez traslúcido,
el de las manos que atrapan la sustancia,
el paraíso cuyo cielo aún no está fijo,
la manzana que es distinta a la que existe,
la redención de Eva en su curiosidad.

La palabra es una alusión
y nuestro intento de recordarla es
precisión,
ansiedad,
la remota piel que nos devora,

el íntimo animal,
la sangre cóncava y brutal.

En la palabra está la muerte perfecta
y la intuición de la otra muerte: la última.

Esa que de seguro abrirá la puerta del verdadero paraíso.

CARLOS CORTÉS (1962)

Historias de poetas

matar a un poeta no es fácil
me dijo aquel viejo agente de la CIA o del KGB
a la salida del lujoso elevador del hotel lux
el lugar preferido de stalin para asesinar
no desaparecen del todo
siempre dejan rastros
sobre el papel o la nieve

liquidar a un poeta
es un asunto de orgullo profesional
me dijo
meterle un tiro por la nuca
mientras se mea encima
y se le declara traidor a la patria o reaccionario
o limpiamente recibe el disparo
en medio de los ojos
recordándole que no es nada más
que un pequeñoburgués
sin lugar en la historia

que la historia no lo absolverá
si se pone pesado
se le tortura hasta que confiese
que es contrarrevolucionario
troskista o comunista
agende doble o izquierdista
qué más da
si hay que emplearse a fondo
se le tatúan las costillas o el pene con un cigarrillo
para que sepa lo que es el dolor
y no versitos de mierda
qué se ha creído
o se le presta el revólver para que recupere
un poco su dignidad
y se mate como un hombre
maricón pendejo de mierda

es triste
uno quiere hacer un buen trabajo
y no lo dejan

como todos los poetas están ciegos
desde los tempos de homero
e irán al infierno como virgilio y dante
me confiesa en un arranque de erudición
no basta con arrancarles los ojos
o incinerarlos
hay que tomarse la molestia
de dispersar sus cenizas
donde nunca nadie las encuentre

no hay caso

es imposible
siempre aparecen
y a veces los muy hijos de puta
aparecen vivos
y para hacer un buen trabajo
hay que insistir
y matarlos muchas veces

no es fácil
me dice en un tono profesional
mientras nos adentramos
en la oscuridad del bosque

UN ESCRITOR OLVIDADO: VIDA Y OBRA DE LUIS BARRANTES MOLINA

JORGE FRANCISCO SÁENZ CARBONELL
Academia Costarricense de la Lengua

En *Escritores y poetas de Costa Rica*, Rogelio Sotela incluye a Luis Barrantes Molina (1877-1949) como integrante de la tercera generación de escritores costarricenses y se hace de él una elogiosa mención como novelista, poeta, periodista y conferencista¹. Sin embargo, el nombre de Barrantes Molina es prácticamente desconocido en el ámbito literario y educativo nacional. Muy diestro en la pluma desde juvenil edad, y animado por fuertes sentimientos religiosos, Barrantes Molina empezó su actividad en las letras patrias a los 19 años, en 1896, y durante los siguientes siete colaboró mucho en periódicos y revistas costarricenses. En ese período llegó a publicar alrededor de cincuenta textos, entre ensayos, cuentos, poemas, crítica literaria, variados artículos, necrologías y semblanzas de ilustres contemporáneos. Abandonó Costa Rica en 1904, en circunstancias que hoy resultan poco claras. Después de peregrinar por Ecuador, Perú y Chile, se estableció definitivamente en la Argentina, donde se dedicó a la docencia, a la literatura y al periodismo. En Buenos Aires alcanzó renombre como periodista, especialmente como columnista y editorialista en el diario católico *El Pueblo*, para el cual laboró hasta poco antes de su muerte. Fue ciertamente un periodista muy conocido y apreciado en Argentina en las

¹ Rogelio Sotela, *Escritores y poetas de Costa Rica* (San José: Lehmann, 1923): 387-388.

décadas de 1930 y 1940, especialmente en publicaciones católicas. Sin embargo, como suele suceder con muchos excelentes periodistas, y ha pasado muchas veces en Costa Rica, el carácter casi siempre coyuntural de sus escritos hizo que su fama y prestigio se fueran disipando también en su país de adopción. En este breve estudio procuramos dar a conocer algunos elementos de la vida y obra de este fecundo escritor costarricense.

INFANCIA Y JUVENTUD

Es muy poco lo que se sabe del origen familiar y de los primeros años de vida de Luis Barrantes Molina, quien según los datos más verosímiles nació en la entonces villa de Grecia² en 1877³. Desconocemos por completo el nombre de sus progenitores, que no se menciona en ninguna publicación, aunque es muy posible que fuera hijo extramatrimonial de Anselma Barrantes Molina, nacida en 1862⁴ y fallecida en 1936⁵.

A pesar de su posible origen extramatrimonial, parece haber tenido una infancia feliz, de la cual recordaba con especial afecto las celebraciones navideñas⁶. Coloridas escenas de la vida rural, que apuntan inequívocamente a Grecia, como tierra de café, caña de azúcar y ganado, aparecen vívidamente evocadas en un texto suyo de 1901:

² «113° aniversario de la fundación de la ciudad de Grecia», *La República*, 29 de abril de 1951, p. 8.

³ «Falleció ayer Luis Barrantes Molina», *El Pueblo* (Buenos Aires), 13 de noviembre de 1949, p. 1.

⁴ Bautizo de Anselma de las Mercedes Barrantes Molina, en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:NQNY-HP8>

⁵ Defunción de Anselma Barrantes Molina, en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:D484-PG6Z>

⁶ Luis Barrantes Molina, «Hijas del campo», *La Revista*, San José, 12 de setiembre de 1900, p. 2; Luis Barrantes Molina, *Versos* (Buenos Aires: Sebastián de Amorrtu, 1923,): 26.

si tuviera la paleta de nuestro amigo «El Moto» [Joaquín García Monge] solazaría tu ánimo con la descripción de los panoramas agresivos en que resplandece la varia hermosura de estos montes, te pintaría entonces el trajín afanoso de los peones, el perezoso sesteo de los bueyes, el alborozo de los terneros desocupados retozones, la miel hirviendo en espumas rebosantes en las pailas del trapiche, los cafetos sacudidos por los cogedores de café dejando caer su lluvia de granos como goterones sobre los manteados, las vainas de frijoles esponjándose al sol y derramando, con el vapuleo de los aporreadores su sartal de granos relucientes y sobre ese cuadro del trabajo y de la vida, la decoración variada y magnífica de la naturaleza que se ostenta por doquiera en formas de montes de verdura, jorobas del terreno cobijadas de flores, calvos picachos y húmedas bajuras por donde serpentea el yurro cristalino y árboles desmesurados sosteniendo en el andamiaje de sus ramas la orquesta oscilante de los pájaros...⁷

Muy posiblemente, el joven Luis cursó sus estudios primarios en Grecia, donde existía una escuela. Posteriormente ingresó a cursar la secundaria en el Colegio Seminario de San José, regentado por padres paulinos alemanes. Fue dichoso allí y dejó afectuosas descripciones de su época de colegial⁸. Además de una sólida formación académica, el paso por el Seminario lo dotó de una robusta fe religiosa⁹, que lo acompañó toda su vida. Sin embargo, no optó por la carrera eclesiástica; en sus propias palabras, temía «la tremenda responsabilidad de las funciones sacerdotales»¹⁰.

Como las disposiciones vigentes en esa época no permitían a los colegios privados otorgar el título de bachiller, que solamente discernía el Liceo de Costa Rica, Barrantes Molina ingresó a esta última insti-

⁷ Luis Barrantes Molina, «Carta abierta», en *El País*, 24 de mayo de 1901, p. 1.

⁸ Luis Barrantes Molina, *Un alma sacerdotal* (Buenos Aires, Imprenta A. Baiocco, 1928): 33-35.

⁹ Luis Barrantes Molina, «Párrafos», *La Justicia Social*, 3 de octubre de 1902, p. 2.

¹⁰ Adolfo Esquivel de la Guardia, «Un costarricense en la Argentina. Luis Barrantes Molina», *Athenea* IV, 8 (1920): 960.

tución en 1898, a fin de completar su educación secundaria. Para él, formado en un ferviente catolicismo en las aulas del Colegio Seminario, fue difícil cursar el último año de secundaria en el Liceo de Costa Rica, abanderado de la enseñanza laica y algunos de cuyos profesores eran francamente escépticos en materia de religión, tendencia seguida también por parte del alumnado ¹¹.

Concluido exitosamente el bachillerato, decidió estudiar Leyes, al igual que muchos de sus condiscípulos del Liceo. Uno de los primeros artículos de tendencias católicas de Barrantes llamó la atención del obispo Bernardo Augusto Thiel, quien lo llamó repetidas veces para ofrecerle un puesto de escribiente en la Curia. Finalmente aceptó y desempeñó ese cargo durante cuatro años¹², lo cual le permitió sufragar parte de sus estudios. Además, en algún momento de su carrera de Leyes fue profesor en el Colegio Seminario¹³. Mientras estudiaba, también participó en varios intentos de explotación minera en Alajuela que concluyeron prematura e infructuosamente¹⁴.

La Escuela de Derecho, al igual que el Liceo de Costa Rica, era una institución fuertemente laica, y no pocos de sus docentes eran libre-pensadores y anticlericales. En un texto escrito muchos años después, Barrantes Molina expresa que gracias a su cercanía con el obispo Thiel y a su trabajo como escribiente en la Curia

...mis profesores laicos de Derecho no lograron sugerir en mis convicciones la menor duda con sus sectarias diatribas contra el clero y con-

¹¹ Barrantes Molina, *Un alma sacerdotal*, 33-34.

¹² Barrantes, *Un alma sacerdotal*, 10-11.

¹³ «Argentina rinde un homenaje de simpatía al extinto periodista y novelista costarricense», *Diario de Costa Rica*, 18 de enero de 1950, p. 5.

¹⁴ Archivo Nacional de Costa Rica, Sección Histórica, Corte Suprema de Justicia, CR-AN-AH-CSJ-JCAD-EXPDENTM, n.º 006496; Archivo Nacional de Costa Rica, Sección Histórica, Corte Suprema de Justicia, CR-AN-AH-CSJ-JCAD-EXPDENTM, n.º 006537; Archivo Nacional de Costa Rica, Sección Histórica, Corte Suprema de Justicia, CR-AN-AH-CSJ-JCAD-EXPDENTM, n.º 006204.

tra su doctrina, a pesar de la elocuencia irresistible en que envolvía sus errores el ilustre catedrático doctor Zambrana, uno de los libertadores de Cuba, amigo de Castelar y de Víctor Hugo¹⁵.

De su época como estudiante de Leyes sabemos además que se destacaba en oratoria y declamación. En mayo de 1901, con motivo de un homenaje de los alumnos de la Escuela al poeta peruano Chocano, recitó «El Miserere» de Rafael Núñez¹⁶, y en febrero de 1902, en un acto alusivo al centenario del nacimiento de Víctor Hugo, «La oración de todos», de Andrés Bello¹⁷.

El 8 de setiembre de 1901 murió en San José el obispo monseñor Thiel. De la alta consideración en que este tenía a Barrantes da fe el hecho de que fue uno de los tres testigos presentes en el otorgamiento de su testamento, efectuado en el Palacio Episcopal el 20 de agosto¹⁸. El joven también asistió a los últimos momentos del ilustre prelado¹⁹. En 1901 comenzó también a participar ocasionalmente en política, en grupos adversos al gobierno de Rafael Yglesias Castro²⁰ y en apoyo a la candidatura presidencial de Ascensión Esquivel²¹. En marzo de 1902, mientras proseguía sus estudios de Leyes, empezó a trabajar como pri-

¹⁵ Barrantes Molina, *Un alma sacerdotal*, 11.

¹⁶ «La manifestación hecha por la Escuela de Derecho», *La República*, 9 de mayo de 1901, p. 1.

¹⁷ Luis Barrantes Molina, «La velada de anoche», *La Prensa Libre*, 27 de febrero de 1902, p. 4.

¹⁸ Víctor M. Sanabria, *Bernardo Augusto Thiel, segundo obispo de Costa Rica* [1941] (San José: Editorial Costa Rica, 1982): 811-812.

¹⁹ Luis Barrantes Molina, «Fallecimiento de S. S. Ilma. Los últimos momentos», *La República*, 10 de setiembre de 1901, p. 2.

²⁰ Luis Barrantes Molina, «La prensa independiente», en *El Tiempo*, 17 de agosto de 1901, p. 2.

²¹ Luis Barrantes Molina, «Lo del sábado», *El Día*, 10 de diciembre de 1901, p. 2; «Refresco», *La Prensa Libre*, 17 de febrero de 1902, p. 4.

mer auxiliar de la Dirección Nacional de Correos²². El 21 de marzo de 1903, en un brillante examen, obtuvo el título de pasante de abogado²³, más o menos equivalente a un bachillerato en Derecho.

EL LITERATO Y EL PERIODISTA EN COSTA RICA

En diciembre de 1896, mientras era alumno del Colegio Seminario, Barrantes Molina publicó las primeras páginas suyas que se conocen, en la revista quincenal *Ensayos Literarios*. En el número 6, del 1 de diciembre de 1896, apareció «Visionaria», texto en el que exponía una serie de pesimistas reflexiones íntimas²⁴. En el número siguiente, del 15 de diciembre de 1896, publicó una especie de cuento oriental de corte modernista: «La verdadera dinastía»²⁵.

En mayo de 1898, mientras cursaba el último año de secundaria en el Liceo, empezó a colaborar con *El Eco Católico de Costa Rica*, el periódico oficial de la Iglesia Católica costarricense. Lo primero que publicó fueron dos poemas: «En la iglesia»²⁶ y «Fábula»²⁷. Muy pronto empezó a dar a luz sesudos ensayos, en los que manifestaba su ferviente catolicismo y defendía a ultranza las tesis de la Iglesia, asunto que terminó siendo la más importante causa de su vida. De esta época son

²² Luis Barrantes Molina, «Hechos y dichos», *El Día*, 16 de marzo de 1902, p. 3.

²³ «Luis Barrantes Molina», *La Justicia Social*, 23 de marzo de 1903, p. 3.

²⁴ L[uis] B[arrantes], «Visionaria», en *Ensayos Literarios. Órgano de la juventud* VI (1 de diciembre de 1896): 45.

²⁵ L[uis] B[arrantes], «La verdadera dinastía», *Ensayos Literarios. Órgano de la juventud* VI (1 de diciembre de 1896): 54-56.

²⁶ Luis Barrantes M., «En la iglesia», *El Eco Católico de Costa Rica*, mayo de 1898, p. 140.

²⁷ Luis Barrantes M., «Fábula», *El Eco Católico de Costa Rica*, mayo de 1898, p. 140.

«Neurosis»²⁸ y «Florecimiento»²⁹; el cuento «Un día de huelga»³⁰ y el poema «En el mar»³¹. Como puede deducirse, desde muy joven Barrantes Molina hizo gala de la fecundidad y la fluidez de su pluma. Sus textos revelan también un rico y escogido vocabulario, producto sin duda de incansables lecturas y del frecuente contacto con personajes de extraordinaria cultura, como el obispo monseñor Thiel y Antonio Zambrana.

En 1899 solo publicó tres textos: el artículo de crítica literaria «La Trinchera», en *La Prensa Libre* el 27 de julio³², una necrología del periodista católico José María Sánchez, publicada en *El Eco Católico de Costa Rica* en agosto³³ y «Florecimiento», publicado en *La Prensa Libre* el 18 de octubre, artículo en el que comentó dos libros de reciente aparición³⁴. En 1900 publicó un cuento titulado «El día de la superiora»³⁵, el artículo «El lujo»³⁶ y un análisis de la novela *Las hijas del campo* de Joaquín García Monge, escrito a petición de este³⁷. Además

²⁸ Luis Barrantes M., «Neurosis», *El Eco Católico de Costa Rica*, junio de 1898, p. 185.

²⁹ Luis Barrantes M., «Florecimiento», *El Eco Católico de Costa Rica*, diciembre de 1898, p. 458.

³⁰ Luis Barrantes, «Un día de huelga», *El Eco Católico de Costa Rica*, setiembre de 1898, p. 323.

³¹ Luis Barrantes Molina, «En el mar», *El Eco Católico de Costa Rica*, febrero de 1899, p. 458; reproducido en *La Prensa Libre*, 6 de julio de 1899, p. 3.

³² Luis Barrantes Molina, «La Trinchera», *La Prensa Libre*, 27 de julio de 1899, p. 3.

³³ Luis Barrantes M., «José María Sánchez», *El Eco Católico de Costa Rica*, agosto de 1899, p. 110.

³⁴ Luis Barrantes Molina, «Florecimiento», *La Prensa Libre*, 18 de octubre de 1899, p. 2.

³⁵ Luis Barrantes, «El día de la superiora», *La Revista*, 14 de enero de 1900, p. 2.

³⁶ Luis Barrantes M., «El lujo», *El Eco Católico de Costa Rica*, 24 de febrero de 1900, pp. 29-30.

³⁷ Luis Barrantes Molina, «Hijas del campo», *La Revista*, 12 de setiembre de 1900, p. 2.

de elogiar la obra, Barrantes Molina también apuntó mesuradamente algunos aspectos de la obra sobre los cuales su juicio era negativo. Esta actitud resultaba pionera en Costa Rica, ya que hasta entonces lo habitual era simplemente alabar al escritor y a su obra, soslayando toda crítica auténtica y sin externar ningún criterio adverso.

En los primeros meses de 1901 se dedicó a escribir casi en forma exclusiva para *El Eco Católico de Costa Rica* una serie de artículos en los que exponía sus ideas religiosas, en plena consonancia con las de la Iglesia Católica: «Necesidad de leer libros católicos»³⁸ (enero de 1901), «Necesidad de creer»³⁹ (febrero de 1901), «Sin la fe no hay felicidad»⁴⁰ (marzo de 1901) y «La Iglesia y el siglo»⁴¹ (marzo de 1901). En abril, con el título «Réplica», publicó en *El Fígaro* una apasionada defensa de la actividad de unos frailes capuchinos que habían predicado en San José⁴² y en mayo, en *El País*, un texto breve de sabor costumbrista: «Carta abierta», en la forma de carta a un amigo⁴³. En agosto, también en *El País*, publicó el ensayo «La Libertad», cuyas ideas se reprodujeron en su breve artículo «Párrafos», publicado en *El Día* el 1 de setiembre de 1901⁴⁴. De setiembre de 1901 es también el artículo «Bernardo Augusto», publicado en *El Eco Católico de Costa Rica*, extensa y sentida necrología de mnonseñor Thiel⁴⁵. En abril de 1902

³⁸ Luis Barrantes Molina, «Necesidad de leer libros católicos», *El Eco Católico de Costa Rica*, 19 de enero de 1901, p. 404.

³⁹ Luis Barrantes Molina, «Necesidad de creer», *El Eco Católico de Costa Rica*, 9 de febrero de 1901, pp. 18-19.

⁴⁰ Luis Barrantes Molina, «Sin la fe no hay felicidad», *El Eco Católico de Costa Rica*, marzo de 1901, pp. 50-51. Este texto, reformulado y con el título «Párrafos», volvió a publicarse en *La Justicia Social*, del 7 de octubre de 1902, p. 3.

⁴¹ Luis Barrantes Molina, «La Iglesia y el siglo», *El Eco Católico de Costa Rica*, marzo de 1901, p. 42. Reproducido en *La Revista*, 15 de marzo de 1901, p. 2.

⁴² Luis Barrantes Molina, «Réplica», *El Fígaro*, 15 de abril de 1901, p. 2.

⁴³ Luis Barrantes Molina, «Carta abierta», *El País*, 24 de mayo de 1901, p. 1.

⁴⁴ Luis Barrantes Molina, «Párrafos», *El Día*, 1 de setiembre de 1901, p. 2.

⁴⁵ Luis Barrantes Molina, «Bernardo Augusto», *El Eco Católico de Costa Rica*, se-

Barrantes publicó en *La Prensa Libre* un artículo sobre una disertación del intelectual guatemalteco Máximo Soto Hall ⁴⁶.

En setiembre de 1902 Luis Barrantes fue uno de los fundadores y redactores del diario católico *La Justicia Social*, administrado por su amigo Jorge Volio Jiménez, entre cuyos propósitos estaban los de difundir la doctrina social de la Iglesia Católica y defender a esta. Entre setiembre y octubre de 1902 publicó en ese periódico una columna sobre temas morales y religiosos, denominada «Párrafos» ⁴⁷. En esos meses también se publicaron su poema religioso «María» ⁴⁸ y sus artículos «Palique» ⁴⁹, «Velada de los obreros» ⁵⁰, «Castelar» ⁵¹ y «A un pito flautín» ⁵². En los meses siguientes, dio a luz una emotiva semblanza del presbítero Rosendo Valenciano ⁵³ (diciembre de 1902), el relato «Dos mendigos» (enero de 1903) ⁵⁴, una necrología de monseñor Car-

tiembre de 1901, p. 268.

⁴⁶ Luis Barrantes Molina, «La conferencia del Sr. Soto Hall», *La Prensa Libre*, 14 de abril de 1902, p. 2.

⁴⁷ En 1902, la columna de Barrantes Molina apareció en los siguientes ejemplares de *La Justicia Social*, 17 de setiembre de 1902, p. 2; 19 de setiembre de 1902, p. 2; 3 de octubre de 1902, p. 2; 7 de octubre de 1902, p. 3. Además, en el periódico se publicaron su poema «María», 22 de setiembre de 1902, p. 2, y su artículo «A un pito flautín», 24 de octubre de 1902, p. 3.

⁴⁸ Luis Barrantes Molina, «María», *La Justicia Social*, 22 de setiembre de 1902, p. 2.

⁴⁹ Luis Barrantes Molina, «Palique», *La Justicia Social*, 22 de setiembre de 1902, pp. 2-3.

⁵⁰ L[uis] B[arrantes] M[olina], «Velada de los obreros», *La Justicia Social*, 29 de setiembre de 1902, p. 33.

⁵¹ L[uis] B[arrantes] M[olina], «Castelar», *La Justicia Social*, 20 de octubre de 1902, p. 3.

⁵² Luis Barrantes Molina, «A un pito flautín», *La Justicia Social*, 24 de octubre de 1902, p. 3.

⁵³ L[uis] B[arrantes] M[olina], «Rosendo Valenciano», *La Justicia Social*, 16 de diciembre de 1902, p.2.

⁵⁴ Luis Barrantes Molina, «Dos mendigos (fantasía)», *La Justicia Social*, 31 de enero de 1903, p. 2.

los María Ulloa, obispo designado de Costa Rica, fallecido antes de su consagración⁵⁵, y la oración fúnebre que pronunció en el atrio de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen durante las exequias de monseñor Ulloa⁵⁶. Ante las obligaciones de su empleo en la Dirección Nacional de Correos y el interés de proseguir sus estudios de Leyes, en marzo de 1903 se apartó de la redacción de *La Justicia Social*⁵⁷, pero continuó colaborando ocasionalmente con el periódico, en cuyas páginas publicó en mayo de 1903 una semblanza de su amigo y colega periodista Jorge Volio Jiménez⁵⁸ y en julio del mismo año otra del prometedor músico Julio Fonseca⁵⁹, así como un comentario sobre el discurso pronunciado por monseñor Rafael Otón Castro en la ceremonia fúnebre dedicada al papa León XIII⁶⁰. Además, el 1 de junio de 1903 la revista literaria *Pandemónium* publicó breves textos suyos sobre el médico Juan de Jesús Flores Umaña⁶¹ y sobre el escritor y profesor Manuel de Jesús Jiménez Oreamuno⁶².

En setiembre de 1903 Barrantes Molina publicó en *La Justicia So-*

⁵⁵ Luis Barrantes Molina, «Dr. Carlos M. Ulloa, jefe de la diócesis», *La Justicia Social*, 3 de marzo de 1903, p. 1.

⁵⁶ Luis Barrantes Molina, «Oración fúnebre pronunciada por Luis Barrantes Molina en la puerta del Carmen, antes de la inhumación del cadáver del muy ilustre doctor Ulloa», *La Justicia Social*, 4 de marzo de 1903, p. 1.

⁵⁷ «Luis Barrantes Molina», *La Justicia Social*, 23 de marzo de 1903, p. 3.

⁵⁸ Luis Barrantes Molina, «Jorge Volio», *La Justicia Social*, 7 de mayo de 1903, pp.2-3.

⁵⁹ Luis Barrantes Molina, «Julio Fonseca», *El Día*, 9 de julio de 1903, p. 2.

⁶⁰ Luis Barrantes Molina, «El discurso del vicario capitular», *El Día*, 31 de julio de 1903, p. 2.

⁶¹ Luis Barrantes Molina, «El doctor Flores», *Pandemónium*, 1 de junio de 1903, p. 6.; reproducido en «Lo que escribió... Lo que se escribe... Secretarios de Estado en el Gobierno de don Ascensión Esquivel», *La Nación*, 8 de marzo de 1965, p. 2.

⁶² Luis Barrantes Molina, «Don Manuel de J. Jiménez», *Pandemónium*, 1 de junio de 1903, p. 6. ; reproducido en «Lo que escribió... Lo que se escribe... Secretarios de Estado en el Gobierno de don Ascensión Esquivel», *La Nación*, 8 de marzo de 1965, p. 2.

cial una carta al presbítero Mardoqueo Arce, para felicitarlo por haber sido seleccionado como becario para realizar estudios eclesiásticos superiores en el prestigioso Colegio Pío Latino Roma⁶³, y en el periódico *El Día* una serie de cuatro sesudos artículos titulada «Párrafos episcopales», en los cuales exponía sus ideas sobre las condiciones y cualidades que a su juicio debería tener el sacerdote a quien se designara como nuevo obispo de Costa Rica⁶⁴. La cuarta entrega de «Párrafos episcopales», aparecida el 30 de setiembre de 1903, es la postrera publicación efectuada por Barrantes Molina antes de salir de Costa Rica en 1904 que ha llegado hasta nuestros días. Aunque se sabe que en febrero de 1904 era redactor del *Boletín Bibliográfico* que publicaba la librería de Antonio Lehmann⁶⁵, hoy no se conserva ningún ejemplar de esa publicación.

OBRAS ESCRITAS EN SUDAMÉRICA Y PUBLICADAS EN COSTA RICA, O SOBRE TEMAS COSTARRICENSES

A pesar de haber emigrado de Costa Rica en 1904, Barrantes Molina envió ocasionalmente a periódicos y revistas costarricenses algunos textos breves en prosa, que había publicado en la Argentina: «El terremoto de Cartago»⁶⁶, «La leyenda de abril»⁶⁷ y «La leyenda de Juan»; este, un cuento sobre la heroica hazaña de Juan Santamaría en

⁶³ Luis Barrantes Molina, «Señor don Mardoqueo Arce», *La Justicia Social*, 7 de setiembre de 1903, p. 2.

⁶⁴ Luis Barrantes Molina, «Párrafos episcopales», *El Día*, 26 de setiembre de 1903, p. 2; «Párrafos episcopales», *El Día*, 27 de setiembre de 1903, p. 2; «Párrafos episcopales», *El Día*, 27 de setiembre de 1903, p. 2; «Párrafos episcopales», *El Día*, 30 de setiembre de 1903, p. 2.

⁶⁵ Luis Barrantes Molina, «Nuestra prensa», *Páginas Ilustradas* 19 (mayo de 1904): 16.

⁶⁶ Luis Barrantes Molina, «El terremoto de Cartago», *El Sol*, 3 de setiembre de 1910, p. 2.

⁶⁷ Luis Barrantes Molina, «La leyenda de abril», *Diario del Comercio*, 4 de agosto de 1921, p. 2.

la batalla de Rivas⁶⁸. Entre 1921 y 1922, el periódico josefino *Diario del Comercio* reprodujo además cuatro poemas suyos: «El pájaro mudo»⁶⁹, «Sed como el árbol»⁷⁰, «La capa en el rayo de sol»⁷¹ y «El secreto de Colón»⁷².

En 1923 Barrantes Molina publicó en Buenos Aires su tomo *Versos*, que recoge setenta y tres poemas, siete dedicados a temas o a personajes costarricenses: «Promesa»⁷³, «Añoranzas»⁷⁴, «Nostalgia»⁷⁵ y «Hasta luego»⁷⁶, nostálgicas evocaciones de Costa Rica; «La luz interior»⁷⁷, dedicado al músico Julio Fonseca, condiscípulo suyo en el Seminario y en el Liceo, «La Noche Buena»⁷⁸, recuerdo de las celebraciones navideñas de su infancia en Costa Rica, y «El fruto del dolor»⁷⁹, dedicado a su amigo Jorge Volio Jiménez, en ese momento candidato a la presidencia de Costa Rica por el Partido Reformista. Lamentablemente, en este poemario no se incluyó otra composición suya dedicada a Costa Rica, cuyo título desconocemos y de la que hoy solo queda una estrofa reproducida por Adolfo Esquivel de la Guardia en un artículo publicado en *Athenea* en 1920:

⁶⁸ Luis Barrantes Molina, «La leyenda de Juan», *Diario del Comercio*, 2 de octubre de 1921, p. 6.

⁶⁹ Luis Barrantes Molina, «El pájaro mudo», *Diario del Comercio*, 3 de setiembre de 1921, p. 8.; aparece también en *Versos*, ed. cit., p. 37.

⁷⁰ Luis Barrantes Molina, «Sed como el árbol», *Diario del Comercio*, 15 de setiembre de 1921, p. 4.; aparece también en *Versos*, ed. cit., pp. 8-9.

⁷¹ Luis Barrantes Molina, «La capa en el rayo de sol», *Diario del Comercio*, 16 de julio de 1922, p. 8; aparece también en *Versos*, ed. cit., pp. 37-38.

⁷² Luis Barrantes Molina, «El secreto de Colón», *Diario del Comercio*, 12 de octubre de 1922, p. 5; aparece también en *Versos*, ed. cit., pp.40-42.

⁷³ Luis Barrantes Molina, «Promesa», *Versos*, ed. cit., p. 4.

⁷⁴ Luis Barrantes Molina, «Añoranzas», *Versos*, ed. cit., p. 12.

⁷⁵ Luis Barrantes Molina, «Nostalgia», *Versos*, ed. cit., p. 22.

⁷⁶ Luis Barrantes Molina, «Hasta luego», *Versos*, ed. cit., p. 26.

⁷⁷ Luis Barrantes Molina, «La luz interior», *Versos*, ed. cit., pp. 13-14.

⁷⁸ Luis Barrantes Molina, «La Noche Buena», *Versos*, ed. cit., pp. 23-24.

⁷⁹ Luis Barrantes Molina, «El fruto del dolor», *Versos*, ed. cit., p. 30.

Mas si tu suelo en gracia y opulencia,
sobre el planeta ha de llevar la palma,
aún es más bello el resplandor de tu alma
y más precioso tu valor moral⁸⁰

En *Escritores y poetas de Costa Rica*, de Sotela, se reprodujeron dos de los poemas de Barrantes: «Patrios recuerdos», el mismo publicado en *Versos* con el título «Añoranzas», y «A Buenos Aires», elogio de la capital argentina, también incluido en *Versos*⁸¹. Al referirse a Barrantes Molina en *Escritores de Costa Rica*, aparecida en San José 1942, Sotela volvió a incluir «Patrios recuerdos»⁸² y «A Buenos Aires»⁸³.

Los últimos textos de Barrantes Molina publicados en Costa Rica en vida del autor fueron cinco artículos ya aparecidos en Argentina, que se reprodujeron en San José en la *Revista Costarricense*, publicación de orientación feminista y fuertemente católica dirigida por Sara Casal: «Los recursos psicológicos del sistema preventivo»⁸⁴ (marzo de 1934), «La acción de la mujer apostólica en Argentina»⁸⁵ (octubre de 1935), «La doncella estigmatizada de Konnersuth»⁸⁶ (mayo de 1936), «Lo necesario y lo superfluo en la enseñanza» (abril de 1938)⁸⁷ y «La trage-

⁸⁰ Esquivel de la Guardia, «Un costarricense en la Argentina», p. 968.

⁸¹ Luis Barrantes Molina, «A Buenos Aires», *Versos*, ed. cit., pp. 17-18.

⁸² Rogelio Sotela, *Escritores de Costa Rica* (San José: Lehmann, 1942): 338-339.

⁸³ Sotela, *loc. cit.*, pp. 339-340.

⁸⁴ Luis Barrantes Molina, «Los recursos psicológicos del sistema preventivo», *Revista Costarricense* 44 (1934): 759.

⁸⁵ L[uis] B[arrantes] M[olina], «La acción de la mujer apostólica en Buenos Aires», *Revista Costarricense* 218, (1935): 403-403; publicada originalmente en el periódico argentino *El Pueblo*, del 4 de mayo de 1935.

⁸⁶ L[uis] B[arrantes] M[olina], «La doncella estigmatizada de Konnersuth», en *Revista Costarricense* 244 (1936): 852-853; artículo publicado originalmente en *El Pueblo* de Buenos Aires.

⁸⁷ Luis Barrantes Molina, «Lo necesario y lo superfluo en la enseñanza», *Revista Costarricense* 327 (1938): 43-44.

dia de la humanidad» (enero de 1943)⁸⁸.

PEREGRINAJES POR SUDAMÉRICA

En 1904 Luis Barrantes Molina tomó la decisión de abandonar Costa Rica y viajar a Sudamérica. No se conoce a ciencia cierta su motivación; aunque puede que haya sido la de buscar nuevos horizontes, también debió de haber habido de por medio algún lacerante dolor o desengaño personal, ya que a su muerte en 1949 Francisco María Núñez escribió crípticamente que «la pena que lo llevó alejarse de su patria, la siguió rumiando en la tierra lejana, y fue el acicate para empeñarse en ganar nombre»⁸⁹. Ignoramos del todo qué tipo de pena fue aquella: ¿familiar?, ¿amorosa?, ¿había experimentado alguna discriminación o desengaño ligado a sus orígenes? Unas frases escritas en 1950 por José Fabio Garnier al comentar una de sus novelas, apuntan a una decisión definitiva del escritor de no regresar a Costa Rica, ya que se dice que «en un momento de desánimo, se arrancó de la patria con la intención de nunca volver a ella»⁹⁰.

Dado que tan solo tenía veintiséis o veintisiete años, dudamos de que su partida fuese el resultado de un sentimiento de frustración profesional o intelectual o de la idea de que sus trabajos literarios eran poco apreciados en el país, ya que eso era algo habitual en una sociedad tan tremendamente indiferente a la cultura, más tratándose de un escritor tan joven. Sin embargo, en 1902, en un artículo sobre el presbítero Rosendo J. Valenciano, había escrito: «Tenemos los ticos, genial tendencia, de nuestros padres los españoles heredada, a mirar con desdén los méritos de los nuestros si es que no ponemos empeño inaudito en

⁸⁸ L[uis] B[arrantes] M[olina], «La tragedia de la humanidad», *Revista Costarricense*, 541 (1943): 1559-1561.

⁸⁹ Francisco María Núñez, «La muerte del periodista Luis Barrantes Molina», *Diario de Costa Rica*, 18 de diciembre de 1949, p.8.

⁹⁰ José Fabio Garnier, «Cien novelas costarricenses», en <https://www.sinabi.go.cr/exhibiciones/Cien%20novelas%20costarricenses/Resenas.aspx>

amenguar su brillo»⁹¹.

Tampoco hemos dado con la fecha de su partida del país, que le resultó muy dolorosa. Es posible que haya sido alrededor de junio de 1904, ya que el 19 de mayo todavía la revista *Páginas Ilustradas* lo menciona como redactor del *Boletín Bibliográfico* de la librería de Antonio Lehmann⁹². Es llamativo que ningún periódico ni revista hizo referencia, que sepamos, a su salida de Costa Rica.

Años más tarde Barrantes plasmó en «Añoranzas» los sentimientos que lo embargaron al despedirse de las costas costarricenses:

Trémulas palmas, fuentes y follajes
estremecidos por el viento blando,
casitas blancas, idílicos paisajes
que contemplé desde el vapor llorando.
Las hadas de mis sueños matinales
me evocan aun con su vital aroma
el tremolar de aquellos platanales
y del cafeto la brillante poma.
Cuando ocultarse vi con desaliento
la playa gris, salí de mi letargo,
y sobre el mar volqué mi sentimiento
como sus aguas pertinaz y amargo.
Aquel dolor que me enlutó la vida
quitólo el tiempo ante quien nada dura
y hoy la memoria de tu faz querida
en vez de duelo inspírame dulzura.
Como aquel día, fresco está en mi mente
el panorama ideal de tus bellezas;
y es su recuerdo como luz sonriente
que desvanece todas mis tristezas.
Si el desterrado a quien del patrio nido
echó el tirano, con amor te añora,

⁹¹ L L[uis] B[arrantes] M[olina], «Rosendo Valenciano», *La Justicia Social*, 16 de diciembre de 1902, p. 2.

⁹² «Nuestra prensa», *Páginas Ilustradas*, 19 (1904): 16.

¡cuánto más yo que nunca estuve herido
bajo tu cielo, por maldad traidora!⁹³

De Costa Rica, Luis Barrantes Molina se dirigió al Ecuador, posiblemente después de haber hecho escala en Panamá. Desembarcó en Guayaquil, con tan mala fortuna que enseguida se contagió de la fiebre amarilla que azotaba el puerto. Esto, sin embargo, dio pie para que entrara en contacto con el clero ecuatoriano, según relató años después:

Al día siguiente de mi llegada a esa ciudad, fui contagiado por la peligrosa fiebre amarilla. Un policía me condujo al hospital. Allí vino a ofrecerse, para confesarme, un sacerdote. Después de hacerlo, me habló afectuosamente. Entonces le dije que era periodista católico, y le mostré algunos recortes de artículos míos. Eso bastó para que aquel buen eclesiástico se interesara por mí, hasta el extremo de hacerme sacar del hospital, cuando estuve fuera de peligro, y trasladarme al convento de los dominicos, cuyo prior era el padre Palacios, oriundo de la provincia ecuatoriana de Cuenca. Esos virtuosos religiosos me atendieron solícitamente, sin haberme tratado antes nunca [...] Mis recuerdos de Guayaquil están impregnados de vago y poético misticismo, tanto porque allí estuve a punto de morir, como por haber pasado mi convalecencia en un convento. En Costa Rica no existía en aquel tiempo ninguno de esos recintos de ascetismo y de clausura. Así que en la dulzura de la convalecencia, por primera vez percibí yo, desde la ventana de mi celda, la vida plácida, inocente, ordenada y poética que hacen los frailes. Bajos los arcos, entre las pálidas penumbras, veía el pausado, grave y silencioso desfile de los religiosos encapuchados, como blancos y vaporosos fantasmas. Hasta mi lecho llegaban el melodioso murmullo del canto litúrgico, la dulcísima *Salve* y el *Ángelus*. Con frecuencia me hablaban los viejos hermanos con candor de niños. El padre Palacios, orador y escritor brillante, después de sus laborosas misiones, se recogía para tomar aliento en aquel bello rincón de quietud y de meditación⁹⁴.

⁹³ Luis Barrantes Molina, «Añoranzas», *Versos*, ed. cit., p. 12.

⁹⁴ Luis Barrantes Molina, *Un alma sacerdotal*, ed. cit., 9 y 11.

Los religiosos dominicos le hablaron del enfermo periodista costarricense al virtuoso sacerdote monseñor Nicolás Segundo Álvarez Arteta, vicario general de Guayaquil y gobernador de la diócesis, quien se interesó vivamente por él. Hizo que un buen médico lo asistiera en el convento, y una vez curado le dio un puesto de maestro en el colegio católico anexo a la catedral de Guayaquil, que dirigía un canónigo apellidado Santiesteban. Al tiempo que trabajaba en el colegio, colaboró con el periódico *El Ecuatoriano*⁹⁵. Muchos años después, el escritor se reencontró en Argentina con monseñor Álvarez Arteta, quien, perseguido por las autoridades anticlericales de Ecuador, había llegado como exiliado. A su muerte, ocurrida en Buenos Aires en 1928, Barrantes Molina publicó una extensa y emotiva biografía de su benefactor, *Un alma sacerdotal*.

Pasados cuatro meses en Guayaquil⁹⁶, el joven escritor se trasladó a Lima, ciudad en la que colaboró con el periódico *El Bien Público*⁹⁷ y con la revista *Actualidades*, fundada en 1903, en la que además de noticias se publicaban artículos literarios y comentarios sobre temas artísticos y culturales, notas sociales y suplementos artísticos⁹⁸. De esta época se conoce un hermoso artículo suyo sobre la catedral de Lima, escrito en octubre de 1904 y publicado en *Actualidades* dos meses después⁹⁹. Sin embargo, el escritor tampoco echó raíces en el Perú, y en fecha que ignoramos se trasladó a Chile, donde trabajó para los periódicos *El*

⁹⁵ Ibid., p. 11.

⁹⁶ Barrantes Molina, *Un alma sacerdotal*, ed. cit., p. 111.

⁹⁷ Esquivel de la Guardia, 1920, p. 962.

⁹⁸ *Fuentes históricas del Perú*, en <https://fuenteshistoricasdelperu.com/2020/06/14/actualidades/>

⁹⁹ Luis Barrantes Molina, «La Catedral», *Actualidades* (Lima) 94 (1904), sin paginación. Disponible en https://books.google.co.cr/books?id=NhA4AQAA-MAAJ&pg=PP326&dq=%22luis+barrantes+molina%22&hl=es-419&newbks=1&newbks_redir=0&sa=X&ved=2ahUKEwiAoJnC2M2BAxURSjA-BHd90BMMQ6AF6BAgJEA#v=onepage&q=%22luis%20barrantes%20molina%22&f=false

Mercurio del Sur, de Valdivia, *El Chileno* de Santiago y *La Unión*¹⁰⁰ de Valparaíso. Alrededor de 1907 salió de Valparaíso en un velero hacia Chiloé, cruzó después el estrecho de Magallanes y tras remontar el río La Plata llegó a Buenos Aires¹⁰¹, quizá sin imaginar todavía que residiría en la Argentina el resto de su vida.

CUARENTA Y DOS AÑOS DE UN ESCRITOR COSTARRICENSE EN ARGENTINA

1. *Los primeros años*

Casi todo lo que sabemos de los primeros años de Barrantes Molina en Argentina proviene de lo publicado en Costa Rica en 1920 y 1950 por Adolfo Esquivel de la Guardia¹⁰², uno de los pocos costarricenses residentes entonces en el país sudamericano. En 1920, Esquivel de la Guardia publicó en *Athenea* un extenso artículo, «Un costarricense en la Argentina», en el que relata con afecto las vicisitudes de la vida de su amigo Luis durante sus años iniciales en aquel país¹⁰³. En 1950, con motivo del deceso de nuestro personaje, escribió para el *Diario de Costa Rica* un sentido artículo necrológico¹⁰⁴. En este último texto se refiere que, a su llegada a la Argentina, Barrantes no se quedó en Buenos Aires, sino que pasó a las provincias de Córdoba y Santa Fe, donde se dedicó a trabajar como periodista en publicaciones católicas¹⁰⁵. Después regresó a Buenos Aires, donde se radicó definitivamente. Allí trabajó en los

¹⁰⁰ Esquivel de la Guardia, «Un costarricense...», p. 962.

¹⁰¹ Adolfo Esquivel de la Guardia, «Luis Barrantes Molina, su vida y obra», *Diario de Costa Rica*, 18 de enero de 1950, pp. 5 y 8.

¹⁰² Sobre Esquivel de la Guardia, vid. Rogelio Sotela, «Adolfo Esquivel de la Guardia», *Athenea* IV, 8 (1920): 958-959.

¹⁰³ Adolfo Esquivel de la Guardia, «Un costarricense...», 960-969.

¹⁰⁴ Adolfo Esquivel de la Guardia, «Luis Barrantes Molina, su vida y obra», *Diario de Costa Rica*, 18 de enero de 1950, pp. 5 y 8.

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 8.

periódicos *El Pueblo*, *El País*, *El Combate*, *El Nacional* y *La Unión* y fundó la revista *El Sembrador*¹⁰⁶. También dirigió los diarios *El Heraldo* de Tucumán y *Tribuna Popular* de Salta¹⁰⁷. En 1911 adoptó la nacionalidad argentina, por naturalización¹⁰⁸. En Buenos Aires también se dedicó a la docencia, tanto en escuelas primarias como en colegios de segunda enseñanza¹⁰⁹, y fue director del Colegio de San Antonio¹¹⁰.

Sobre las ideas religiosas de Barrantes como principal motor de su actividad periodística, Esquivel de la Guardia dice:

Barrantes Molina es, sobre todo, un católico de la más pura cepa; un verdadero creyente; un hombre de fe profunda; un apasionado por el dogma. No hay en su religión el más pequeño convencionalismo, la más mínima hipocresía, el menor interés mezquino por lo humano, que para él es lo pasajero. Su espíritu se encuentra absorto ante la magnificencia que para él brota de lo alto, y no hay un solo átomo de su alma, que no vibre como finísima cuerda de arpa al impulso que siente venir de arriba. Pero no por eso es un místico, en el sentido de ensueño que suele atribuírsele a la palabra. No: él no se ha conformado con que lo absorba la luminosidad interior de su credo; él no se ha contentado con entregarse a la meditación, como los eremitas, ni al éxtasis como los fakires; sino que ha tratado de ser acción puesta al servicio de su verdad y lo ha conseguido: se ha ilustrado, y desde la tribuna, la cátedra y la prensa, coopera al mantenimiento y engrandecimiento del cristianismo¹¹¹.

Y en palabras del propio Barrantes:

En algunas de esas fraguas de trabajo cerebral en que se forja la lectura

¹⁰⁶ Esquivel de la Guardia, «Un costarricense...», p. 962.

¹⁰⁷ Carlos Paz, *Efemérides literarias argentinas*, (Buenos Aires: Caligraf, 1999): 520.

¹⁰⁸ «Falleció ayer Luis Barrantes Molina. Un periodista católico valiente y vigoroso», *El Pueblo*, 13 de noviembre de 1949, p. 1.

¹⁰⁹ Esquivel de la Guardia, «Luis Barrantes Molina, su vida y obra», p. 8.

¹¹⁰ Esquivel de la Guardia, 1920, pp. 961-962.

¹¹¹ Esquivel de la Guardia, «Un costarricense...», p. 960.

del diario, mi sueldo sufrió angustiosas depreciaciones; pero solamente en Buenos Aires llegó a la delgadez inverosímil de cincuenta y treinta y cinco pesos mensuales, escribiendo yo, sin embargo. traducciones, editoriales y réplicas de célebres conferencistas. Mas, aunque se rían los hombres positivos, confieso que la conciencia de no ser nunca un mercenario y de servir con mi trabajo a una causa que en todas partes, ya sea yo explotado o retribuido, es la mía, me ha hecho fácilmente soportable la pobreza... El ideal es, como el jugo gástrico, un poderoso auxiliar de la digestión, porque aún el frío y la neuralgia se hacen insensibles cuando el periodista escribe entusiasmado por sus convicciones¹¹².

Entre los textos periodísticos publicados en sus primeros años en la Argentina, Esquivel de la Guardia se refirió a catorce artículos con los que Barrantes Molina replicó a las conferencias impartidas en ese país por el sociólogo italiano Enrique Ferri¹¹³, a innumerables artículos suyos prestigiando a Costa Rica¹¹⁴ y a una polémica sobre literatura francesa que sostuvo en 1917 con el sacerdote Gustavo Franceschi¹¹⁵.

En el ámbito personal y sentimental, es muy poco lo que se sabe de la vida de Barrantes Molina, que nunca se casó, ni dejó descendencia. En su poemario *Versos* (1923), hay una referencia a amoríos pasajeros durante sus travesías por Sudamérica¹¹⁶ y a los sentimientos que le inspiraron la señorita Rebeca Blen¹¹⁷ y una joven italiana, Margarita, a la que Barrantes llama en un poema «fresca flor de Italia, burbuja de sol»¹¹⁸.

2. *Las biografías*

En Buenos Aires, Luis Barrantes Molina publicó sus primeras

¹¹² *Ibid.*, pp. 960-961.

¹¹³ *Ibid.*, p. 962.

¹¹⁴ *Ibid.*, p. 963.

¹¹⁵ *Ibid.*, pp. 962-963.

¹¹⁶ Luis Barrantes Molina, «Nostalgia», *Versos*, ed. cit., p. 22.

¹¹⁷ Luis Barrantes Molina, «¡Adiós!», *Versos*, ed. cit., p. 16.

¹¹⁸ Luis Barrantes Molina, «Carta amorosa», *Versos*, ed. cit., pp. 40-51.

obras extensas, entre las que se destacan cinco biografías, dedicadas a personajes directa o indirectamente vinculados con la Iglesia Católica. La primera, publicada en 1916 o 1917, parece haber sido *Gemma Galgani*, que trata de la vida de la mística italiana de ese nombre¹¹⁹. La siguió *Monseñor José Fagnano. Ensayo biográfico*, sobre la vida del salesiano piemontés Giuseppe Fagnano (1844-1916)¹²⁰. Una tercera obra biográfica suya fue *Namuncurá*, que trataba de la vida del joven Ceferino Namuncurá (1886-1905), más tarde beatificado¹²¹. Más tarde, entre 1920 y 1923, Barrantes Molina publicó *El presidente mártir*, obra relativa al presidente ecuatoriano Gabriel García Moreno, célebre por su ferviente y exaltado catolicismo¹²². La última biografía publicada fue *Un alma sacerdotal: monseñor Dr. Nicolás Segundo Álvarez Arteta, entre nosotros monseñor Nicolás Saa*, impresa en Buenos Aires en 1928. En esta obra, además de relatar la vida de ese sacerdote ecuatoriano, quien lo ayudó generosamente durante su estadía en Guayaquil en 1904, Barrantes Molina incluyó numerosos y vívidos recuerdos autobiográficos, tanto de su juventud en Costa Rica como de los meses que pasó en Ecuador¹²³. Se tiene noticia de que también fue autor de una biografía de santa Mónica, con un análisis crítico de la obra filosófica de su hijo san Agustín¹²⁴, pero esta obra al parecer quedó inédita y su texto no se conoce.

¹¹⁹ Esquivel de la Guardia, «Un costarricense...», p. 962.

¹²⁰ Luis Barrantes Molina, *Monseñor José Fagnano* (Buenos Aires: Librería del Colegio IX, 1918). Debemos una fotocopia de esta obra al presbítero Marcello Sardelli, director de la Biblioteca del Centro Studi Don Bosco (CSDB) de la Universidad Pontificia Salesiana de Roma (UPS).

¹²¹ Esquivel de la Guardia, «Un costarricense...», p. 962.

¹²² No hemos podido localizar ejemplares de esta obra. Aparece mencionada en la enumeración de las obras de Barrantes en su poemario publicado en 1923. Vid. Barrantes Molina, *Versos*, ed. cit., p. 68.

¹²³ Luis Barrantes Molina, *Un alma sacerdotal*, ed. cit.

¹²⁴ Esquivel de la Guardia, «Un costarricense...», p. 960.

3. *Novelas y cuentos*

Además de su ingente labor como periodista, Luis Barrantes Molina tuvo una faceta especialmente prolífica en Argentina como escritor de obras de ficción, identificadas como novelas, aunque a la mayoría de ellas cabría más bien describirlas como novelas cortas. Su producción novelística, desarrollada entre 1917 y 1923, consta de diecinueve libros. Un peculiar aspecto es que él mismo no se tomaba muy en serio. A decir de Esquivel de la Guardia, era sencillo, modesto y humilde¹²⁵. En una entrevista concedida al periódico argentino *La Semana*, manifestó:

Mi mala presencia me hace inaccesibles las redacciones, sugiere juicios depresivos acerca de mis aptitudes, obstruye a mis novelas manuscritas el camino de la impresión y de la publicidad, hasta que se deshacen y borran lastimadas por las frecuentes mudanzas de mi azarosa existencia... Pero yo gocé escribiéndolas y he lucrado con la pureza de mi intención y con la castidad de su desarrollo. Ni la humanidad necesita de ellas, ni su publicación ha de aumentar mi valor personal ni mi felicidad¹²⁶.

La primera de la que tenemos noticia, *La intriga del Sanedrín*, es una novela histórica ambientada en los primeros tiempos del Cristianismo. Fue publicada por entregas en Buenos Aires en 1917 y tenía un total de 236 páginas, distribuidas en veinte capítulos¹²⁷. Obtuvo el Premio del Ateneo Literario del Plata, del Colegio El Salvador¹²⁸.

En diciembre de 1918 empezó a publicar novelas cortas en la revista porteña *La Novela del Día*, en la que semanalmente aparecían obras de corte melodramático. Los requerimientos de la revista —textos de unas 15 páginas, publicados en una sola entrega y destinados a lectores

¹²⁵ *Ibid.*, p. 961.

¹²⁶ *Ibid.*, p. 962.

¹²⁷ Luis Dobles Segreda, *Índice bibliográfico de Costa Rica* (San José: Lehmann, 1930), tomo IV, p. 129.

¹²⁸ Esquivel de la Guardia, «Luis Barrantes Molina...», p. 8.

poco exigentes— explican algunas características de las obras que en ella dio a la luz Barrantes Molina; por ejemplo, lo habitualmente apresurado de la acción y el desenlace, y la presentación relativamente superficial de personajes y situaciones. Sin embargo, en casi todas aquellas novelas aparecidas en *La Novela del Día* su autor hace gala de un vocabulario selecto y rica adjetivación, y queda de manifiesto su amplia cultura. En sus páginas a menudo están también presentes los sentimientos religiosos y las preocupaciones morales del escritor. La primera obra publicada en *La Novela del Día* fue *Drama de hogar*¹²⁹, aparecida en diciembre de 1918. Le siguieron *El maximalismo en marcha...*¹³⁰ (junio de 1919), *Un artista del crimen*¹³¹ (setiembre de 1919), *La vergüenza de su propia sangre*¹³² (febrero de 1920) y *La tragedia del Calvario o La intriga del Sanedrín*¹³³ (marzo de 1920); esta última, según indica Esquivel de la Guardia¹³⁴, es una versión resumida de *La intriga del Sanedrín* publicada por Barrantes Molina en 1917. Después de un largo intervalo, en diciembre de 1922 *La Novela del Día* publicó *El terror negro*¹³⁵, a la que

¹²⁹ Luis Barrantes Molina, *Drama de hogar*, en *La Novela del Día*, n.º 5, 14 de diciembre de 1918, pp. 83-104, en https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/770846939/1/LOG_0003/

¹³⁰ Luis Barrantes Molina, *El maximalismo en marcha...*, en *La Novela del Día* 28, 13 de junio de 1919, pp. 203-222, en https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/770921752/1/LOG_0003/

¹³¹ Luis Barrantes Molina, *Un artista del crimen*, en *La Novela del Día* 38, 26 de setiembre de 1919, pp. 61-80, en https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/770950205/1/LOG_0003/

¹³² Luis Barrantes Molina, *La vergüenza de su propia sangre*, en *La Novela del Día* 60, 27 de febrero de 1920, pp. 61-80, en https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/771020813/1/LOG_0003/

¹³³ Luis Barrantes Molina, *La tragedia del Calvario o La intriga del Sanedrín. Primera parte*, en «La novela del día», n.º 65, 30- de marzo de 1920, pp. 161-180, en https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/771029527/1/LOG_0003/

¹³⁴ Esquivel de la Guardia, «Un costarricense...», p. 962.

¹³⁵ Pescatore di Perle, «La paja en el ojo ajeno», *El Hogar* (Buenos Aires), 19 de enero de 1923, sin paginar.

siguió *Amor sublime*, aparecida en siete entregas entre el 7 y el 17 de abril de 1923¹³⁶, que es una especie de continuación de *La tragedia del Calvario*. Con 111 páginas de texto y 46 capítulos, es la más extensa; pudimos dar con su texto, y es la única de sus novelas que se conserva en la Biblioteca Nacional Miguel Obregón, en un ejemplar cuya portada muestra una dedicatoria de puño y letra del escritor para Joaquín García Monge. La octava obra de Barrantes Molina que apareció en *La Novela del Día*, en diciembre de 1923, y la última de la que hemos podido encontrar el texto, lleva por título *Un idilio extraño*¹³⁷.

En una lista contenida en su poemario *Versos*, su autor enumera otras siete novelas suyas: *La pasión de una vestal*, *Honrosa cobardía*, *Angustias de amor*, *El delincuente*, *El demonio del romanticismo*, *La novela de un niño* y *La caída de un ángel*, esta última entonces en prensa¹³⁸. No hemos podido localizar ejemplares de ninguna de estas obras, cuyos textos pueden haberse perdido para siempre, y ni siquiera datos sobre su año de publicación. En su artículo de 1920, Adolfo Esquivel de la Guardia menciona, además, las novelas históricas *La decadencia de Siria* y *El cisma de Antioquía* y la novela de psicología social *Un escándalo de amor*¹³⁹, que al parecer quedaron inéditas.

Además de sus novelas, Barrantes Molina menciona en la enumeración contenida en *Versos* otros dos textos literarios suyos: *Brochazos* (cuentos breves) y *La leyenda de los meses*; al título de este último se

¹³⁶ Luis Barrantes Molina, *Amor sublime*, en «La novela del día», n.º 213, 7 de abril de 1923, pp. 289-304; n.º 214, 8 de abril, pp. 305-320; n.º 215 10 de abril, pp. 321-336; n.º 216, 11 de abril de 1923, pp. 337-352; n.º 217, 12 de abril de 1923, pp. 353-374; n.º 218, 13 de abril de 1923, pp. 377-392; n.º 219, 17 de abril de 1923, pp. 406-414, en <https://www.sinabi.go.cr/exhibiciones/Cien%20novelas%20costarricenses/Novelas%20a%20texto%20completo.aspx>

¹³⁷ Luis Barrantes Molina, *Un idilio extraño*, en *La Novela del Día* 299, 14 de septiembre de 1923, pp. 383-398, en https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/781827884/1/LOG_0003/

¹³⁸ Barrantes Molina, *Versos*, ed. cit., p. 68.

¹³⁹ Esquivel de la Guardia, «Un costarricense...», p. 962.

añade que fueron «publicadas en series anuales» (quizá es un error por «mensuales»). No hemos podido dar con ejemplares de ninguna de estas dos obras, ni datos sobre el año de su aparición.

4. *Para mi hogar*

Entre las obras extensas de Luis Barrantes Molina, la que a nuestro juicio y por su temática general resulta más alejada de los campos habituales de interés del escritor, es la publicada en Buenos Aires en 1923 con el título de *Para mi hogar. Síntesis de economía y sociabilidad domésticas*, y en cuya portada se indica «Escrita expresamente para la Cía. Sansinena de Carnes Congeladas, por Luis Barrantes Molina». Esa exitosa empresa de Buenos Aires, dedicada a la elaboración de productos alimenticios, le encargó al escritor la elaboración de un texto de economía doméstica, lo cual resultó en una obra muy vasta, de 372 páginas de texto, en diecisiete capítulos: «Premilinares», «El orden en las necesidades humanas», «La nutrición», «Poder energético y finalidad nutritiva de los alimentos», «Ración alimenticia y equivalencia de los alimentos», «La carne»; «La higiene del bebé, del anciano y del intelectual»; «La necesidad de la educación»; «La vivienda»; «El vestido», «Iluminación y calefacción», «La preservación de las enfermedades del cuerpo y del alma», «El cuidado del enfermo», «El trabajo y el reposo», «Adquisición, conservación y buen uso del dinero», «Felicidad moral y prosperidad económica de las familias» y «Elementos de éxito en el empleo y en la vida»¹⁴⁰. *Para mi hogar* fue la obra más difundida de Luis Barrantes Molina en Argentina, ya que tuvo un tiraje de diez mil ejemplares, pero prácticamente no se conoció en Costa Rica, aunque se conserva un ejemplar en la Biblioteca Nacional Miguel Obregón.

¹⁴⁰ Tomamos estos datos de las páginas de publicidad de la empresa incluidas al final de la obra de Luis Barrantes Molina, *Para mi hogar. Síntesis de economía y sociabilidad doméstica* (Buenos Aires: Compañía Sansinena de Carnes Congeladas, 1923).

5. *Versos*

Luis Barrantes Molina escribía poesía desde sus años mozos. Dado su temperamento siempre apasionado, su rico vocabulario y el hecho de que desde muy joven manejaba con destreza la métrica y la rima, es indudable que tanto en Costa Rica como su peregrinaje por países sudamericanos debió de escribir innumerables poemas; sin embargo, de ellos apenas han llegado hasta nosotros cuatro publicados en nuestro país antes de 1904 y setenta y cuatro escritos en la Argentina.

En su artículo sobre nuestro escritor, publicado en 1920, Adolfo Esquivel de la Guardia comenta que «es un poeta cuyo verso es fácil, sentimental y galano»¹⁴¹ e indica que su poesías podían dividirse entre religiosas y profanas. En ese texto, Esquivel de la Guardia menciona que el poema «El misionero», dedicado a monseñor Álvarez Arteta, le había valido a Barrantes Molina el primer premio en un concurso internacional¹⁴², aunque no entra en pormenores, y además comenta elogiosamente y transcribe fragmentos de otros de los poemas dados a luz por Barrantes en Argentina¹⁴³. Como quedó indicado páginas atrás, al año siguiente, el periódico josefino *Diario del Comercio* reprodujo tres poemas, publicados originalmente en Argentina: «El pájaro mudo», «Sed como el árbol» y «La capa en el rayo de sol», y en 1922 un cuarto: «El secreto de Colón».

En 1923, después de la aparición de *Para mi hogar*, Barrantes publicó en Buenos Aires una recopilación de setenta y tres de sus principales poemas, en un tomo de 68 páginas titulado sencillamente *Versos*. La edición, modesta y sin ilustraciones, fue de corto tiraje. Lamentablemente, las composiciones incluidas no llevan fecha, ni indicación alguna sobre cuáles habían sido publicadas con anterioridad y cuáles eran páginas nuevas. En la última página hay una enumeración de las demás

¹⁴¹ Esquivel de la Guardia, «Un costarricense...», p. 963.

¹⁴² *Ibid.*, p. 962.

¹⁴³ *Ibid.*, pp. 963-969.

obras del autor¹⁴⁴.

6. *Otras obras: teatro, traducciones, tesis y conferencias*

Gracias a una referencia contenida en el artículo de Esquivel de la Guardia de 1920, se tiene noticia de que Barrantes Molina escribió el drama trágicómico *Cómo aman los vivos*¹⁴⁵, cuyo texto desconocemos y que al parecer quedó inédito. Por lo que escribió el mismo Esquivel de la Guardia en 1950, sabemos que se trataba de «una obrita teatral para alumnos de colegios católicos»¹⁴⁶.

Durante sus primeros años en Argentina, Barrantes Molina dio a luz algunas traducciones del italiano y del francés¹⁴⁷, que incluían biografías, novelas y cuentos, obras epistolares, artículos y un texto sobre gastronomía. Escribió además una tesis que recibió el primer premio en un concurso de estudios sociales que tuvo lugar en Buenos Aires, y otra sobre historia y crítica de la educación, de cuatrocientas páginas, «elogiada como la mejor, aunque no premiada, en el concurso promovido por la Academia Literaria del Plata»¹⁴⁸. También fue muy apreciado como conferencista¹⁴⁹.

7. *Periodista de El Pueblo. Viajes a España e Italia. Los opúsculos de 1932. Desde mi tonel.*

Desde mediados del decenio de 1920 lo vemos dedicado principalmente a escribir para *El Pueblo*, uno de los más importantes periódicos católicos de Buenos Aires. Católico practicante y militante, Barrantes Molina tuvo simultáneamente una activa vinculación con la Acción Católica Argentina, movimiento de laicos comprometidos. En sus ar-

¹⁴⁴ Barrantes Molina, *Versos*, ed. cit.

¹⁴⁵ Esquivel de la Guardia, «Un costarricense...», p. 962.

¹⁴⁶ Esquivel de la Guardia, «Luis Barrantes Molina...», p. 8.

¹⁴⁷ Esquivel de la Guardia, «Un costarricense...» 1920, p. 962.

¹⁴⁸ Esquivel de la Guardia, «Un costarricense...», *loc. cit.*

¹⁴⁹ Esquivel de la Guardia, «Un costarricense...», *loc. cit.*

títulos en *El Pueblo*, defendió con vehemencia las posiciones de la Iglesia en temas de variada índole, tales como la familia, la educación, las doctrinas morales y jurídicas, la prensa y diversos problemas sociales. Al parecer, su ferviente compromiso con el periódico lo llevó a alejarse casi por completo de la literatura. Se convirtió en una figura muy conocida en Buenos Aires, aunque sus apasionadas opiniones y su vehemente manera de expresarlas no siempre le generaran simpatías. Además de su copiosa contribución a *El Pueblo*, concretada en centenares de artículos, y a otros periódicos argentinos, escribió también para medios de prensa de otros países, como Chile¹⁵⁰, Uruguay¹⁵¹, Panamá¹⁵² y España¹⁵³.

Mientras trabajaba para *El Pueblo*, tuvo oportunidad de cumplir con el que debió de ser uno de los grandes sueños de su vida: viajar a España y a Italia. De estos viajes quedan algunas reminiscencias fragmentarias en artículos suyos, que nos revelan lo extremadamente conservador, intransigente y mojigato que se había vuelto. Visitó España en 1928, durante la dictadura de Primo de Rivera. Mientras que disfrutó mucho de su estadía en otras poblaciones más tradicionales, Madrid y Barcelona le resultaron chocantes por su frivolidad y libertad de costumbres¹⁵⁴. Además de efectuar un segundo viaje en 1932 a España, tuvo oportunidad de visitar Roma, lo cual debe haber sido para él un verdadero peregrinaje religioso y la culminación de un vehemente anhelo. Le impresionó, además, lo que llamó la honrosa sobriedad de los

¹⁵⁰ Luis Barrantes Molina, «Verdad», *Estudios* (Santiago de Chile) 2 (1932): 13, en <https://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0070357.pdf>

¹⁵¹ Luis Barrantes Molina, «La ovación popular tributada a Cristo», *El Bien Público*, Montevideo, 18 de marzo de 1940, p. 5.

¹⁵² Luis Barrantes Molina, «La Justicia en el gobernante», *¡Adelante!* (Panamá) 658 (1947): 1, en https://bdigital.binal.ac.pa/bdp/Periodicos/ADELANTE_ACCION_CATOLICA_19470727_0001.pdf

¹⁵³ L[uis] B[arrantes] M[olina], «Desde Buenos Aires», *El Diario Palentino*, (Palencia), 20 de setiembre de 1938, p. 3.

¹⁵⁴ Luis Barrantes Molina, *Desde mi tonel* (Buenos Aires: El Pueblo, 1933): 244-245.

italianos, su sencillez, su capacidad de trabajo y su espíritu de familia¹⁵⁵. En ese mismo año, en medio de un agrio debate nacional acerca de la posibilidad de establecer el divorcio en Argentina, Barrantes Molina publicó dos opúsculos, *El divorcio* y *El matrimonio indisoluble*,¹⁵⁶ en los que defendía las tesis tradicionales de la Iglesia Católica sobre esas materias. Hay ejemplares de ambos documentos en la Biblioteca Nacional Mariano Moreno, de Buenos Aires.

En 1933 dio a luz en Buenos Aires una recopilación de los principales artículos publicados en *El Pueblo* en años recientes, con el título *Desde mi tonel*¹⁵⁷, clara alusión al antiguo filósofo Diógenes. Publicada por el mismo periódico *El Pueblo*, la obra, en 814 páginas, incluía 280 artículos periodísticos¹⁵⁸, referidos casi en su totalidad a temas coyunturales de la actualidad argentina y mundial de entonces. En sus páginas se exponen de modo franco y a veces descarnado las ideas del autor, en estricto apego a la ortodoxia católica y a una moralidad de estrechísimas miras. Presenta una faceta de Barrantes Molina estacionaria, cuando no retrógrada, que hoy resulta poco atractiva, y en muchos de sus párrafos asoma un tono intolerante e inquisitorial. Paradójicamente, tres decenios antes, en Costa Rica el escritor había criticado a los católicos intransigentes que seguían apegados a la idea de una Iglesia «estancada e inamovible»¹⁵⁹. Tuvo, sin embargo, ocasionales posiciones de vanguardia, como su respaldo a la idea del voto femenino¹⁶⁰.

¹⁵⁵ Barrantes Molina, *Desde mi tonel*, ed. cit., pp. 244-245.

¹⁵⁶ Mencionados en el Catálogo de la Secretaría de Cultura de Salta, en biblioteca.culturasalta.gov.ar

¹⁵⁷ Barrantes Molina, *Desde mi tonel*, ed. cit.

¹⁵⁸ José A. Sanguinetti, «A modo de prólogo», en Barrantes Molina, *ibid.*, pp. 5-8.

¹⁵⁹ Luis Barrantes Molina, «La Iglesia y el siglo», *El Eco Católico de Costa Rica*, marzo de 1901, p. 42; reproducido en *La Revista*, 15 de marzo de 1901, p. 2.

¹⁶⁰ Luis Barrantes Molina, «El voto femenino», *El Pueblo*, 15 de octubre de 1947, en https://racimo.usal.edu.ar/1462/1/dic1947_revista_de_revistas.pdf

FALLECIMIENTO Y FUNERALES. ARTÍCULOS NECROLÓGICOS

A mediados de la década de 1940, agobiado por el peso de los años, Luis Barrantes Molina se acogió a la jubilación y fue espaciando sus contribuciones a las columnas de *El Pueblo*. Sin embargo, no dejó de escribir del todo y se mantuvo activo en el periodismo, al lento ritmo de un septuagenario. Murió en Buenos Aires el 12 de noviembre de 1949, después de recibir los auxilios espirituales del ritual católico. Según los datos de *El Pueblo*, tenía 72 años de edad. Al día siguiente de su fallecimiento, *El Pueblo* publicó en su portada una columna titulada «Falleció ayer Luis Barrantes Molina. Un periodista católico valiente y vigoroso»¹⁶¹.

En Costa Rica, la primera noticia de su fallecimiento apareció en *La Prensa Libre* del 6 de diciembre de 1949, en una breve nota luctuosa titulada «Murió don Luis Barrantes Molina en la República Argentina»¹⁶². El 18 de diciembre, en el *Diario de Costa Rica*, Francisco María Núñez le dedicó una columna¹⁶³. El 18 de enero de 1950, el *Diario de Costa Rica* lo elogió en un breve artículo, acompañado de una lista de sus obras¹⁶⁴; dos meses después, el 22 de marzo de 1950, el mismo *Diario de Costa Rica* publicó un artículo necrológico que había remitido desde Buenos Aires Adolfo Esquivel de la Guardia¹⁶⁵.

¹⁶¹ «Falleció ayer Luis Barrantes Molina. Un periodista católico valiente y vigoroso», *El Pueblo*, 13 de noviembre de 1949, p. 1.

¹⁶² «Murió don Luis Barrantes Molina en la República Argentina», *La Prensa Libre*, 6 de diciembre de 1949, p. 7.

¹⁶³ Francisco María Núñez, «La muerte del periodista Luis Barrantes Molina», *Diario de Costa Rica*, 18 de diciembre de 1949, p. 8.

¹⁶⁴ «Argentina rinde un homenaje de simpatía al extinto periodista y novelista costarricense», *Diario de Costa Rica*, 18 de enero de 1950, p. 5.

¹⁶⁵ Adolfo Esquivel de la Guardia, «Luis Barrantes Molina, su vida y obra», *Diario de Costa Rica*, 22 de marzo de 1950, pp. 5 y 8.

DESTELLOS OCASIONALES EN EL MAR DE LA INDIFERENCIA COSTARRICENSE

Durante sus primeros dieciséis años de ausencia de Costa Rica, de Luis Barrantes Molina no volvió a oírse prácticamente nada. Ese prolongado olvido ese disipó un poco cuando Adolfo Esquivel de la Guardia remitió desde Buenos Aires un artículo firmado el 17 de abril de 1920, «Un costarricense en la Argentina. Luis Barrantes Molina». El texto de Esquivel, que se publicó en la revista *Athenea*, dirigida por Rogelio Sotela, el 15 de agosto de 1920¹⁶⁶, comienza así:

A los costarricenses que hasta ahora hayan ignorado dónde se encuentra Luis Barrantes Molina y qué es lo que ha hecho, ha de serles muy grato saber que el compatriota ha resultado distinguido; que tiene ya varios años de radicar en esta nación y que aquí se dedica, como lo hiciera ya en otras capitales de Sud-América, a las labores intelectuales; por lo que es bien merecedor de que le dediquemos estas líneas justas y sinceras¹⁶⁷.

El artículo concluye con un tácito llamado a los lectores costarricenses para enorgullecerse de su compatriota y tenerlo presente:

Como terminación de estas cuartillas y resumen de lo expuesto, diremos que en Luis Barrantes Molina se unen altas dotes de escritor general, periodista, polemista, novelista, profesor, orador, traductor, poeta y dramaturgo. Es por lo tanto un espíritu cultivado y una persona de verdadero talento y de bien sólida ilustración; condiciones todas estas a las que se añaden su modestia no fingida, sus hábitos de trabajador mental, su experiencia, su serenidad de juicio y otras varias, cuyo conjunto le hace acreedor al aprecio de sus compatriotas, de quienes debe, así como igualmente de parte de todo intelectual centroamericano, ser considerado con orgullo¹⁶⁸.

¹⁶⁶ Adolfo Esquivel de la Guardia, «Un costarricense...», pp. 960-969.

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 960.

¹⁶⁸ *Ibid.*, p. 969.

Athenea fue una revista cultural de escaso tiraje, leída sobre todo por literatos, artistas e intelectuales; por consiguiente, no le llegaba al gran público. Sin duda con el ánimo de dar más proyección a la actividad de Barrantes Molina en Buenos Aires, el *Diario del Comercio* publicó el 31 de agosto de 1920 una apretada síntesis del artículo de Esquivel de la Guardia, con el título de «Costarricenses ilustres en el exterior. Luis Barrantes Molina». La suscribía H. V., cuya identidad no hemos logrado desvelar¹⁶⁹. En los años que siguieron, y hasta 1922, como para mantener vivo su recuerdo en Costa Rica, ocasionalmente se reprodujeron en el *Diario de Comercio* varios artículos de Barrantes Molina publicados en la Argentina, y también algunos de sus poemas.

Como hemos dicho al principio, en 1923, en su importante obra biográfica y antológica *Escritores y poetas de Costa Rica*, Rogelio Sotela incluyó a Luis Barrantes como integrante de la tercera generación de autores costarricenses¹⁷⁰, reseñó su actividad periodística, enumeró sus biografías y novelas, mencionó su militante fe religiosa, dijo que como novelista era muy estimado en la Argentina e incluyó dos de sus poemas¹⁷¹. Sin embargo, la actividad y la obra de Barrantes siguieron desconocidas en nuestro país, situación que tampoco cambió cuando en su segunda gran obra biográfica y antológica, *Escritores de Costa Rica* (1942), Sotela repitió el mismo texto sobre Barrantes Molina publicado en 1923.

En 1947, al enumerar en su pionera obra *Itinerario de la novela costarricense*, a los cultivadores de ese género en Costa Rica a partir de Manuel Argüello Mora, Francisco María Núñez incluyó el nombre de Luis Barrantes Molina junto a los de escritores como Fabián Dobles, Carlos Luis Fallas, Manuel González Zeledón, Joaquín Gutiérrez, Max Jiménez, José Marín Cañas y Yolanda Oreamuno. Aunque no las co-

¹⁶⁹ H. V., «Costarricenses ilustres en el exterior. Luis Barrantes Molina», *Diario del Comercio*, 31 de agosto de 1920, p. 4.

¹⁷⁰ Sotela, *Escritores y poetas de Costa Rica*, ed. cit., p. 387.

¹⁷¹ *Ibid.*, p. 388.

mentó, menciona cuatro de sus novelas: *Amor sublime*, *La intriga del Sanedrín*, *La tragedia del Calvario* y *Un artista del crimen*¹⁷².

Entre 1949 y 1950, José Fabio Garnier publicó en el diario josefino *La Nación* una serie de artículos denominada *Cien novelas costarricenses*, en los cuales reseñaba y comentaba un centenar de obras literarias de ese género. En esta serie, Garnier comentó cinco de las novelas de Luis Barrantes Molina publicadas en la Argentina¹⁷³. Después de Garnier, y fuera de los escasos artículos necrológicos que aparecieron en la prensa con motivo de su fallecimiento, solamente se recordó a Luis Barrantes Molina en un modesto homenaje que le dedicó el cantón de Grecia en 1951, en los actos de celebración del CXII aniversario de la fundación de la población.

En los años siguientes no volvió a haber en Costa Rica quien se ocupara de él como figura literaria, ni menos quien estudiara su obra. En la primera edición, de 1958, de su *Historia y antología de la literatura costarricense*, Abelardo Bonilla ni siquiera menciona su nombre. Tampoco fue significativa la brevísima referencia hecha sobre él y su obra en la tesis *La novela costarricense*, presentada por Rodrigo Solera en la Universidad de Kansas, en 1964¹⁷⁴. Desde entonces, Luis Barrantes Bonilla siguió y ha seguido pasando como de puntillas por el escenario de la historia literaria costarricense. Nunca se le ha estudiado en nuestras aulas, ni como periodista ni como literato. No fue sino hasta 2018, casi sesenta años después de su muerte, cuando el historiador Iván Molina Jiménez rompió la lápida de silencio que recaía sobre el escritor y su obra. En un texto publicado en la revista *Realidad*, Molina Jiménez analizó el caso en conjunción con el de otros dos escrito-

¹⁷² Francisco María Núñez, *Itinerario de la novela costarricense* (San José s. p. i., 1947): 31.

¹⁷³ Garnier, *op. cit.* Esta serie la reeditó, en un tomo, la Editorial Universidad Nacional, en 2017, bajo el cuidado del historiador Mario Oliva Medina.

¹⁷⁴ Rodrigo Solera, *La novela costarricense* (Kansas: University of Kansas, 1964): 82.

res costarricenses largamente desarraigados del país: Manuel González Zeledón y Yolanda Oreamuno¹⁷⁵. En mayo de 2023, el mismo Molina Jiménez volvió a recordar a Barrantes Molina en un artículo publicado en el periódico *Universidad* sobre la novelística católica costarricense de principios del siglo XX¹⁷⁶.

Esperamos que la síntesis biográfica que aquí ofrecemos Luis Barrantes Molina ayude a rescatar para los costarricense la figura y la obra de este gran olvidado de la historia de las letras patrias.

Cartago, diciembre de 2023

¹⁷⁵ Iván Molina Jiménez, «He dejado de ser costarricense», en «Escritores y migración en la Costa Rica de los siglos XIX y XX», *Realidad* 152 (2018): 125-146.

¹⁷⁶ Iván Molina Jiménez, «Nicho de novelística católica», *Semanario Universidad* (Universidad de Costa Rica), 21 de marzo de 2023, p. 24.

Sección gráfica



Edificio del CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y CONSERVACIÓN DEL PATRIMONIO CULTURAL, en el número 140 de la avenida central, en San José de Costa Rica, sede oficial y permanente de la Academia Costarricense de la Lengua (según decreto legislativo n.º 9519, aprobado por la Asamblea Legislativa de Costa Rica el 21 de diciembre de 2017).

EMBLEMAS INSTITUCIONALES



El emblema oficial lo adoptó la corporación en 2009, con algunas reformas y variantes al empleado hasta entonces. Es un escudo oval, dentro del cual aparece, en oro sobre campo de plata, un crisol o pebetero encendido. Lo circundan, en campo de plata y letras de gules, el nombre ACADEMIA COSTARRICENSE DE LA LENGUA y el año de su fundación, 1923. Está rodeado por una figura zoomórfica alada, en oro, que imita la orfebrería aborigen costarricense, y dos ramas de café en su parte inferior.



El logotipo o firma institucional lo integran las siglas ACL, de gules, sobre el nombre de la corporación, ACADEMIA COSTARRICENSE DE LA LENGUA, en azul, coronadas por una virgulilla, que evoca la tilde de la eñe, también en azul; todo el conjunto a imitación combinatoria y cromática de la bandera de Costa Rica.



A modo de medalla, este emblema se adoptó para su uso durante 2023, año del centenario. Es un círculo en fondo de oro, con un 100 en el centro, en sable. Lo circundan un anillo, también en sable, con el nombre de la corporación, ACADEMIA COSTARRICENSE DE LA LENGUA, y los años 1923-2023, en oro. En su exterior, sendas ramas de café a sus lados; en la parte superior una virgulilla que evoca la tilde de la eñe; en la inferior, la frase AÑO DEL CENTENARIO.



En el salón de actividades de la sede de la Academia Costarricense de la Lengua se reunieron los actuales académicos, el martes 12 de octubre de 2023. Son, de izquierda a derecha: D.^a Emilia Macaya Trejos, D. Carlos Rubio Torres, D. Jorge Sáenz Carbonell, D. Mario Portilla, D. Víctor Hurtado Oviedo, D. Rafael Ángel Herra, D. Carlos Francisco Monge, D. Alexander Sánchez Mora, D. Carlos Sánchez Avendaño, D. Carlos Cortés, D. Arnoldo Mora Rodríguez; adelante: D.^a Amalia Chaverri Fonseca, D.^a Marilyn Echeverría de Sauter (sentada), D. Víctor M. Sánchez Corrales, D.^a Carla Jara Murillo, D.^a Julieta Dobles Yzaguirre y D.^a Mía Gallegos Domínguez.

